

OJO
PAP

144-4-2

AGRUPACIÓN "PEÑOLA" DE ESTUDIANTES DE FILOSOFIA Y LETRAS

Peñola



SUMARIO

- José Torre Revello**..... Lo que se leía en América en el siglo XVI.
- Hans Röhl**..... Los comienzos del realismo en la literatura alemana y su primera gran figura, Heinrich von Kleist.
- Antología de los Cursos de Vacaciones, con unas palabras de Gabriela Mistral y poemas de Juana de Ibarbouro, Alfonsina Storni, Emilio Champion, Luis Bausero, Víctor A. Rocca, Alfredo Tranjan.
- Manuel Rosés Lacoigne**..... Alrededor de la ciencia.
- Mauricio Ferrari Nicolay**..... "Perfiles de un tipo psicológico".
- Raúl H. Castagnino**..... La emoción de Granada en la moderna literatura castellana.

POESIAS DE: Alicia Santaella, Tristán Fernández, Carlos Pasini

NOTAS Y COMENTARIOS

- M. F. N.: Sobre Inteligencia y Cultura del Pbro. Dr. Juan R. Sepich—M. F. N.: El Hombre y sus Tres Mundos de Emilio Gouchon Cané—H. S.: Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras H. B.: La S. A. de Antropología—J. R. M.: Sobre Palacio Valdés—A. F. C.: El galano sensualismo de las Sonatas—E. C.: Tucídides y las inscripciones de Alberto Freixas—M. D. E.: Cielo de Tierra de Francisco Luis Bernárdez.

BUENOS AIRES
VIAMONTE 430
1938
DIRECCION Y ADMINISTRACION

144-4-2

AGRUPACIÓN "PÉÑOLA" DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Péñola

AÑO I — No. 2 — JUNIO DE 1938

REDACTORES

J. E. SABOR — DANIEL J. DEVOTO
MAURICIO FERRARI NICOLAY — ALBERTO MARIO SALAS
Dr. ARMANDO S. PARODI — JULIO MARIO DELMAS.

ADMINISTRADOR:

Dr. MARTIN CALVO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

VIAMONTE 430

BUENOS AIRES

1938



Lo que se leía en América en el siglo XVI

Ciñéndose al texto de una ley, que tenemos sobradas razones para suponer que nunca fué cumplida, han sostenido muchos autores, que España no permitió la difusión de la cultura escrita en los pueblos de América. Para abreviar, copiaremos más abajo, la parte pertinente de la R. C. que lleva la data de Ocaña, a 4 de abril de 1531, que fué dirigida a los oficiales reales de la Casa de la Contratación, con sede en Sevilla, ordenándoles que en los embarques que se hicieran de libros para las tierras del Nuevo Mundo, no consintieran que persona alguna llevase los que se indican como prohibidos. Es decir: "libros de "Romance de ystorias vanas y de profanidad como son el " *amadis* y otros desta calidad y por que este es mal exercicio para los yndios e cosa en que no es bien que se " ocupen ni lean por ende yo vos mando que de aqui adelante no consyntays ni deys lugar a persona alguna pasar a las Yndias libros ningunos de ystorias y cosas profanas salvo tocante a la Religión xpiana e de virtud".

La referida R. C. fué repetida en distintas ocasiones y finalmente se incorporó a la *Recopilación de leyes de los Reinos de las Indias*, en el libro I, título XXIV, ley IV, no tomando su espíritu de la citada R. C., sino de otra dada en Valladolid a 29 de septiembre de 1543, en donde se dice así: "Porque de llevarse a las Indias libros de " romanos que traten de materias profanas y fabulosas " y historias fingidas se siguen muchos inconvenientes: " Mandamos a los vireyes, audiencia y gobernadores, que " no los consientan imprimir, vender, tener, ni llevar a sus

“ distritos, y provean que ningún español ni indio los lea”.

Y aún podemos aseverarlo, cuando en época de Carlos IV se intentó la redacción de un *Nuevo Código Indiano*, esa ley fué incorporada en el mismo sentido restrictivo ya expuesto. Con el simple conocimiento de esa ley, han emitido severos juicios, como decíamos, muchos autores, por desconocer cómo se cumplía lo que se ordenaba en la ley.

Nuestras investigaciones personales en el Archivo general de Indias, en Sevilla, nos han permitido demostrar en más de una ocasión, que esa ley no fué cumplida y que las personas radicadas en América, leyeron cuanto se imprimía en España y se permitía circular en ella, siendo cosa muerta lo ordenado, a pesar de estar en vigencia la ley prohibitiva.

Debido a la insuficiente capacidad cultural de los oficiales de la Casa de la Contratación, o más bien, para evitar graves yerros, los libros que se remitían con destino a las tierras de América, pasaban a ser revisados antes de que los primeros otorgasen su pase, a los ministros de la Inquisición de Sevilla, quienes ante una lista que presentaba el remitente, daban su conformidad o negativa, resolución que era debidamente acatada por los ya mencionados oficiales reales.

Otorgada la licencia correspondiente, pasaba después a los oficiales de la Casa de la Contratación, que la incorporaban al registro de la nave que transportaba los libros al puerto a que se destinaba en América, para que sirviera de guía a los oficiales reales allí radicados y pudieran después venderse y circularse libremente.

Los inquisidores de Sevilla, por lo que hemos averiguado, no se sometieron al texto de la ley: por eso al presentárseles para ser revisados los libros, si éstos no figuraban en el *Índice* de los libros prohibidos, le daban libre tránsito para las Indias, a pesar de ser clara y expresa en sus términos la ley, que prohibía el enviar libros de historias vanas y profanas, o hablando en otros términos, los de pura ficción literaria, en todas sus clasificaciones, además de expresar muy claramente los

Amadis y otros de su calidad, o sea los llamados de caballerías.

Como prueba de cuanto decimos en esta ocasión, comentaremos una lista de libros remitidos por el mercader de Sevilla, Pedro García de Neira, en la nao *Nuestra Señora de la Victoria*, que fué, en 1586, con destino a Nombre de Dios, en la flota de Tierra Firme, al mando del general Miguel de Eraso. Los libros debían ser entregados en Nombre de Dios a Antonio de Montalvo Arévalo, y en su ausencia a Francisco de Silva, vecino de Panamá, y a falta de éste a Fernán Núñez de Silva, con destino a ser vendidos conforme a una orden o convenio estipulado entre dichas partes. Esta lista, motivo del presente escrito, la hemos entresacado al azar entre muchos centenares que conocemos referentes al siglo XVI.

Haremos destacar, en primer lugar, que en la citada lista figuran registrados diversos ejemplares de *La Galatea*, de *Cervantes*, que se había impreso en Alcalá de Henares el año anterior; este detalle nos demuestra que apenas se editaban las obras de pura literatura en España, eran en seguida remitidas a las colonias americanas, como ya lo confirmó con respecto al *Quijote* el insigne cervantista Francisco Rodríguez Marín, demostrando que la primera edición de esa obra inmortal pasó casi íntegra a América.

Analizando la citada lista nos encontramos con varias obras meramente literarias, algunas de ellas harto famosas en las anales de la literatura española, y entre ellas, las que reseñaremos a continuación. Comencemos por citar a *Juan de Mal-Lara*, con su *Philosophia vulgar*, que en la lista se la cita simplemente como "rrefranes de malara" y en otro asiento "rreflanes".

Los Coloquios o Diálogos, de Pedro Mexía; el fabuloso *Relox de Príncipes* o *Marco Aurelio*, de fray *Antonio de Guevara*, que fué en su centuria una de las obras más difundidas en Europa, haciéndose un sinnúmero de ediciones en España y en el extranjero. De *Jorge Montemayor*, vemos su *Cancionero* y su famosa *Diana*, que se registra escuetamente "dianas". *Sonetos*, de *Juan de la Cueva*. *El Romancero*, de *Pedro de Padilla*. *El Inventario*,

de *Antonio de Villegas*, y *Los Colloquios satíricos*, de *Antonio de Torquemada*. Vemos figurar allí también la famosa *Austriada*, de *Juan Rufo Gutiérrez*, que apareció en 1584 y se reimprimió en el siguiente y en 1586, año este último en que se fecha la lista, en la que figura asentada la obra de *Rufo Gutiérrez* en repetidas ocasiones. Además vemos anotada varias veces la *Arcadia*, de *Jacobo Sannazaro*, y los famosos *Triunfos*, de *Petrarca*. Cítanse también las fábulas del célebre *Esopo*, enmascarado en "Ysopo", y entre los clásicos vemos figurar a *Cicerón*, *Ovidio*, *Lucio Apuleyo* y a *Horacio*.

Antonio de Nebrixa, se repite varias veces con su *Arte de la lengua castellana*. Aunque esta obra ya no caía dentro de las prohibidas por la ley, no está demás el citarla, juntamente con el tratado de arquitectura de *León Bautista Alberti*, obra clásica entre los dedicados a este arte, y las *Obras de música para tecla, arpa y vihuela* del conocido organista de Felipe II, *Félix Antonio Cabezón*, que imprimiera en Madrid, su hijo *Hernando* en 1573; la *Chorographia o Repertorio de los Tiempos*, de *Jerónimo de Chávez*, muy popularizada entre los navegantes, de la que hasta el año 1584, se habían tirado en Sevilla, siete ediciones; la *Historia del descubrimiento y conquista de las Provincias del Perú*, de *Agustín de Zárate*, seguramente de la edición que se hiciera en Sevilla en 1577 y otras muchas obras más, con lo que se demuestra que los colonos indianos no vivían ajenos al desarrollo de la cultura española en sus diversos aspectos, encontrándose en la lista hasta con obras referentes a la agricultura, además, el *Libro de cirugía* de *Dionisio Daza* y el *Método de la colección y reposición de las medicinas simples*, de *Luis de Oviedo*, impreso en Madrid en 1581 y que es obra distinta al *Tratado de Botica*, que imprimiera este autor en el siguiente siglo, con lo que se afirma, que la enseñanza teórica de las ciencias no era ajena, a pesar de las otras ocupaciones a la que se dedicaban de lleno los colonos de América.

Entre los libros de caballerías, aunque especificaba claramente la ley que a ellos se refería la prohibición al citar expresamente a los *Amadís*, nos encontramos en la

lista, entre otros de su índole, con la *Crónica Troyana*, en que se contiene la total y lamentable destrucción de la nombrada Troya, de la que por entonces se llevaban hechas varias ediciones, y que figura citada con el título: "destruición de troya". Las *Selvas de Aventuras*, compuesta por *Hieronymo Contreras*, que según el epígrafe que ostenta, trataba "de unos extremados amores que un cauallero de Sevilla, llamado Luzman, tuvo con una hermosa doncella llamada Arbolea", cuya primera edición apareció en la ciudad del Betis, en 1572, y que fué reimpressa en el 78, haciéndose posteriormente diversas ediciones más. *La Historia del valeroso e invencible Príncipe Don Belianis de Grecia*; *Las Hazañas de Bernardo de Carpio*, de *Agustín Alonso*, que se había impreso en el año 1585 en Toledo; *El Orlando furioso* de *Ariosto*, en algunas de las tantas traducciones que se hicieron en castellano y *La segunda parte de Orlando, con el verdadero successo de la batalla de Roncesvalles*, de *Nicolás de Espino*.

Omitimos citar aquí, otras obras que figuran en la lista, que por su contenido recomendaba expresamente la ley, para ser trasladadas a las tierras del Nuevo Mundo.

•

Como supondrá el lector de este breve escrito, nuestro fin ha sido concretarnos por ahora a la referida lista, y reseñar de ella, las obras más destacadas, que si nos ajustamos al contexto de la ley, no podían trasladarse, venderse, ni leerse en tierras indianas, pero que como hemos demostrado, fueron autorizadas previas las diligencias y trámites que se siguieron por intermedio de la Casa de la Contratación, a llevarse y venderse, y lo que es lógico, a leerse en América, difundiendo de ese modo la cultura escrita de la que gozaban en España quienes gustaban de ella, Con lo dicho queda demostrado que quienes se concretaron únicamente a la lectura del

texto de la ley, erraron en su juicio para juzgar el desarrollo de la obra cultural de España en sus colonias, por no conocer los elementos que nosotros disponemos en abundancia, con lo que demostramos esa equivocada interpretación.

JOSÉ TORRE REVELLO.

*Los comienzos del realismo
en la literatura alemana y primera gran
figura, Heinrich von Kleist (1)*

Tanto la poesía clásica como la romántica se colocan a cierta distancia de la realidad; aquélla vive entre ideales, ésta entre fantasías. Pero el siglo XIX anhela otra expresión artística de su ser, como que en su entrada se alza la figura del conquistador corso que despertó a Alemania del lirismo y del ensueño a la realidad. Valores reales, no ideales o imaginarios, necesita la nueva Alemania, así como ya en Goethe su Faust y su Wilhelm Meister evolucionan de la contemplación a la acción. La ciencia toma ese camino; el lugar de la filosofía natural romántica lo ocupan las ciencias naturales exactas, y las matemáticas, la física y la química echan los cimientos de un auge nunca sospechado de la técnica, de la industria y de las comunicaciones. También el sentido político-histórico brota de la simiente de las guerras de la independencia alemana. Sobre los trabajos preparatorios del romanticismo con sus diversas recopilaciones de los viejos tesoros populares se levanta la investigación científica de la historia que trata de asegurar la conservación de las fuentes en los "Monumenta Germaniae historica" y pretende mostrar en los trabajos de Leopold von Ranke, sin ningún adorno idealista y fantástico, "cómo los hechos sucedieron realmente". Cierto que en la vida política las fuerzas apenas reavivadas se

(1) Ofrecemos a nuestros lectores un capítulo del "Compendio de la poesía alemana" por Hans Röhl. Dicha obra será editada próximamente por el Instituto de Estudios Germánicos de nuestra Facultad, traducida al castellano por el Dr. Juan Probst.

mantienen todavía durante decenios, por la recelosa solicitud de Metternich, dentro de los límites de su "estrecha inteligencia de súbdito". No es de extrañar que también en el arte despierte el realismo. Un grupo de escritores y poetas jóvenes se reúnen bajo el nombre de la "Jóven Alemania" —la Alemania romántica era la vieja— y exigen que la literatura extraiga sus argumentos del presente, no de la antigüedad o del medioevo, que sea actual y que exponga sus motivos no en forma idealizada o vaga, sino ciñéndose fielmente a la realidad — en forma *realista*. Aunque los componentes más talentosos de ese grupo, Heinrich Laube y Karl Gutzkow eran, como poetas, demasiado insignificantes para poder interpretar ellos mismos sus postulados por medio del arte, el realismo que exigían —aunque menos en punto a la materia que a la forma— llegó a ser el rasgo típico de la literatura del siglo XIX. Es verdad que la "Joven Alemania" ya no decía nada nuevo con su exigencia. Pues mucho antes de que ésta se formulara —hacia el año 30—, el poeta había precedido a los críticos: en pleno clasicismo y romanticismo Heinrich von Kleist había luchado por una nueva expresión de sus emociones artísticas.

Heinrich von Kleist, nacido en 1777, ingresó en el ejército, de acuerdo a la tradición familiar; pero, a los veintidós años, cambió de carrera y se matriculó en la Universidad de Francfort del Oder, su ciudad natal, para perfeccionar, de modo general, su personalidad intelectual. La necesidad de conseguir una posición estable —motivada por una promesa de matrimonio que luego no se cumplió— y los conflictos íntimos provocados por ello lo llevan, de allí, a sus viajes novelescos hasta Suiza y a París. Pero su resultado es completamente inesperado: Kleist, que madura con una lentitud extraordinaria, adquiere la conciencia de su vocación poética. Esto es causa de su perdición, pues su genio no puede contentarse con las tradicionales formas clásicas y románticas de la poesía, sino que aspira a un estilo por venir que es justamente el realista. Pero todas las tentativas en ese sentido parecen fracasar para su ambición

desmedida, y la lucha con su genio lo trae al borde de la demencia, hasta que por fin quema, en un instante de total desesperación en su fuerza poética, su drama "Robert Guiskard" y renuncia a una meta inalcanzable para sus facultades. El primer acto de la obra, que más tarde vuelve a reconstruir, con su fusión de la dramática de Shakespeare y de los antiguos, hace sentir penosamente la pérdida de la obra entera.

Esa lucha con su genio encontró expresión artística en el drama "Penthesilea". En la reina de las Amazonas, que con sus huestes toma parte en la Guerra de Troya para conseguir de las filas griegas varones para su estado; que sólo considera digno de ella el combate con el más esforzado de los héroes, Aquiles; que lo pierde, después de haber estado a punto de conquistarlo, y que, creyéndose burlada por él, lo mata y hasta lo despedaza, en esa figura trágica reconoce Kleist su propia alma; ella como Penthesilea está llena del más delicado pudor y, a la vez, de la pasión más desmedida, "mitad Furia, mitad Gracia". Y ya se anuncia la nueva época por este testimonio del alma, el más conmovedor de cuantos hubo; pues en ese drama griego no hay ni huella del humanitarismo clásico o de la serenidad antigua.

Habiendo renunciado a su afán de un nuevo estilo del porvenir, se arroja Kleist con su "Kätchen von Heilbronn" por completo en brazos del romanticismo; los personajes, los lugares, los sucesos inverosímiles y milagrosos, todo ello es romántico. Por cierto que consigue imprimir también a esa obra, sobre todo por su disposición dramática rigurosa, su sello personal. Probablemente no se dió cuenta él mismo que lo que había pretendido en vano en la tragedia, ya lo había logrado en la comedia. Pues el "Zerbrochene Krug" (2) es, a pesar de su estructura analítica a la manera antigua, totalmente realista tanto en sus caracteres como en su argumento, en su profusión de detalles y hasta en la expresión, que sólo de mal grado se somete a las exigencias del verso blanco. Por regla general los persona-

(2) Cántaro roto.

jes nunca hablan en sus obras a la manera de Kleist, sino siempre como corresponde a su procedencia, y sólo dicen lo que conviene a su ambiente. Por eso los versos de Kleist no tienen nunca el significado universal de aforismos; por eso carecen también del énfasis didáctico de Schiller. Nunca tampoco ambiciona Kleist la belleza en la expresión; sus períodos son, a menudo, desproporcionados y llenos de anomalías gramaticales; siempre persigue la realidad, que coloca por encima de la belleza; siempre trata de ser gráfico, y por eso su lenguaje rebosa de metáforas. Ese realismo en la exposición aparece también en sus cuentos. Sobre todo en "Michael Kohlhaas" Kleist es de una objetividad asombrosa; refiere nada más que los hechos, sin comentario alguno, y sin embargo, no es nunca indiferente; pues aunque reprime sus sentimientos, se intuye no obstante su presencia vivificadora.

Exteriormente la vida de Kleist sigue su curso aventurero y desafortunado. Un empleo público en Königsberg no lo satisface; como escritor se muere casi de hambre en Dresde. Entonces despierta en él el sentimiento patriótico, provocado por las circunstancias de la época. Se pone como poeta al servicio de la patria, redacta poemas llenos de odio contra Napoleón y recuerda, en 1808, a los alemanes en la "Hermannschlacht" (*), como enérgica advertencia, la lucha por la libertad de sus antepasados. En ese drama, esbozado apasionadamente y elaborado con evidente premura, el poeta presente a Hermann como el político realista que debe librar al país de la rapacidad de los enemigos. Pero nadie se atrevió por entonces a imprimir ese drama y menos aún a ponerlo en escena, y el libertador vaticinado no llegó. No obstante, Kleist descubrió, cuando se hubo trasladado a Berlín en 1810 como escritor, que allí se había trabajado en silencio, con gran empeño y mucha confianza, por la liberación. Y no sólo canta la grandeza serena de la reina Luisa en un admirable soneto, sino que levanta su voz para ensalzar el espíritu de su patria en el "Prinz

(*) Batalla de Arminio.

von Homburg" (4). Ese espíritu de rígido cumplimiento del deber le parece encarnado en la persona del Gran Elector; en el baluarte del bien común se quiebra la voluntad egoísta del individuo, que termina por encontrar en él el apoyo moral necesario para ofrecer alegremente su vida en holocausto de la patria. En ese canto de cisne de Kleist su arte raya en la perfección, su lenguaje es noble, su ánimo alegre con la seguridad del triunfo y ya no sólo lleno de odio. Es verdad que tampoco esa obra tuvo repercusión; Prusia se movilizaba, como satélite de Francia, contra Rusia. Todas sus esperanzas parecían frustradas y Kleist, desavenido con su familia, no comprendido por su patria, sumido en la pobreza material y fracasado en sus afanes, pone, en noviembre de 1811, fin a su vida a orillas del Wannsee, no en un acceso de desesperación, sino "contento y sereno"; pues se había convencido, como escribió a su hermana Ulrike, de que "no había salvación para él en esta tierra".

(4) Príncipe de Homburg.

Antología de los Cursos Sudamericanos de Vacaciones

En Enero de este año tuvieron lugar, en la muy fiel y reconquistadora ciudad de Montevideo, los Cursos Sudamericanos de Vacaciones. No es nuestro propósito comentarlos aquí, ni hablar de su lucimiento ni de lo muy bueno de tal iniciativa, sino referirnos simplemente a los poetas que asistieron a ellos. Uno de los actos más interesantes de los Cursos fué aquel en el que hablaron, y de sí mismas, las tres grandes poetisas de América: Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou y Alfonsina Storni. Gabriela Mistral, que nos dijera una tarde estas palabras, que bastan para definirla: "A mí sólo me interesan dos gremios: las madres y las maestras"; la gentilísima Juana de Ibarbourou, para quien es pequeña la expresión "de América" y a quien sólo debiera llamarse por su nombre, sencilla y cordialmente, así: "Juana", y Alfonsina Storni, nuestra y aguda, y de quien dijo Gabriela Mistral, al presentarla al público uruguayo, que era como la abeja, dulce, y que su aguijón irónico lo esgrimía dañándose a sí misma. Sus tres nombres sobrarían ya para justificar esta breve antología, pero también hubo en los Cursos voces jóvenes que sería injusto omitir. Hablo de Emilio Champion, delegado peruano, lejano pero no olvidado amigo, a quien debo el conocer a Juana de Ibarbourou, con quien nos presentamos ante Alfonsina Storni, y de quien hubiera deseado incluir en esta antología un poema del que mi infiel memoria recuerda sólo el primer y los últimos versos:

*Estoy solo como un poema romántico...
...como un pastor sin ovejas...
esperando al viejero que no llega
porque no tiene puerto,
porque no tiene mar,
porque está solo.*

No teniéndolo, vayan en cambio dos lieder que tienen, aparte de otras, la virtud de ser montevidéanos. Hablo también del largo y vertical Bausero, que lo único ancho que tiene es el corazón y el talento, y de Rocca, el místico poeta y bonísimo compañero de nocturnos paseos junto al mar ⁽¹⁾, y de Alfredo Tranjan, delegado de los EE. UU. del Brasil. Son estos siete nombres un eco de los Cursos de Vacaciones, donde se reunieron, durante un mes inolvidable, unos cuantos muchachos de nuestra América, para quienes van estas palabras, que quizás no vuelvan ya a encontrarse, pero que tendrán siempre guardados en lo más íntimo y dulce del recuerdo esos momentos que vivimos juntos. Aquellos para quienes hablo bien lo saben.

D. J. D.

(1) De Rocca y de Bausero, por razones de agotamiento poético provocado por recientes pecados publicitarios, incluimos poemas tomados, respectivamente, de sus libros: "Apex" y "Mastelero de Gavia". Todas las otras colaboraciones son inéditas y nos fueron especialmente entregadas para "Peñola".

•

El o los futurismos siguen lloviendo verticalmente sobre la generación de nos, y todavía quedan algunas resacas de romanticismo en la costa. Y no asoma el signo de que algún día haya un clasicismo en la América. Un clasicismo que no sea el marchito y falso que intentaron de nave averiada. Un clasicismo salado de sales de hoy, los viejos discípulos del viejo Bello y de otros capitanes como el de Tomás Hardy en Inglaterra o Bergson o Abel Bonnard en Francia. Pero una horma de clasicismo para nosotros.

¡Pensar que nuestra América mestiza nació con el Inca Garcílaso, clásico español hijo de dama incásica y que D. Ricardo Palma vivía hace diez años!

¡A ver si hay jóvenes capaces de levantar la causa caída de la enseñanza clásica y de hacerlo en defensa de la dignidad de nuestras Universidades!

GABRIELA MISTRAL.

Perdón y ama

*Bien tú me dabas, negra ama, el canto
para mi sueño de ángeles, y el ritmo
de tus rodillas, cotidiana hamaca
en mi inefable y fugitivo limbo.*

*Bien me donaste, con tu leche casta,
para mi corazón, blanco de flechas,
latido estoico y reservado aliento.
Mi negra ama, estampa de paciencia.*

*La piel de mis abuelas españolas,
templada fué con tu vital arrimo.
Oscura soy por tu nutriente seno.*

*Dile al destino, oh fiel y pura sombra,
que en este pecho de orgullosos limos,
tú me infiltraste miel perdonadora.*

JUANA DE IBARBOUROU.

Soledad

*Señora soledad que tu esqueleto
creí de grises vértebras un día
anállame con fuerza entre tus arcos
que no quiero de ti partirme ahora.*

*Que al acercarme vi que en flor abría
tu aparente esqueleto calcinado,
y en tus vértebras limos creadores;
y eran tus cuencás de un azul de llama.*

*Holgada estoy: tu cielo no me nieva;
deja caer en claros remolinos
unos trenzados de cristales rosas.*

*Y nuevamente con sus voces altas,
entre tus finas nieblas escondidos,
oigo cantar mis pájaros de fuego.*

ALFONSINA STORNI

Madrugada

*Niño,
niño de rocío;
muerto y nacido en el mar;
amortajado de nubes,
sin aliento, tendido mármol.*

*Preferido de las olas
y amado de los peces.
Niño blanco. Amanecido
inmóvil. Desnudo de horas
opacas, desnudo de flores
y de música:
niño silencioso
enterrado en el mar.*

Aroma

*¡Madre Mar!
¡Ay, mañana estarás sola,
sin viento
y sin agua!*

*Despintado el azul,
acabado el verde.*

*¡Ay, mañana, Madre Mar,
jardín de olas, huerto de peces,
ay, mañana,
sin olas,
sin peces,
sin agua,
sin viento...*

Sobre mis ojos.

EMILIO CHAMPIÓN.

Peruano.

Montevideo, enero de 1938.

Canto de limpia belleza

I

*Te quiero así, contra el cielo,
torre desnuda y morena,
con un enredo de voces
en tu fresca cabellera.*

*Mis manos con viento y sangre
borrachas de dicha sueñan
un cinturón de alegría
para tu firme cadera.*

*Limpios de hiel y pecado
mis labios tu carne besan;
y tocan sombras calientes
mis dedos de blanda yema.*

II

*Que nazcan lunas redondas
para marcar tu silueta,
con una arista de plata
sobre tu carne morena.*

*Y dura quede mi sangre
si busco tu gracia muerta,
que yo te quiero en mis manos,
limpia, desnuda y morena.*

Hermano de las aguas subterráneas

Cavaré

*en la roca viva de mi jardín,
un pozo de cien codos,
bajo la luna opaca
de la noche dura.*

*Tengo el pico ensangrentado
de una esperanza rota,
y la pala mohosa de ansias que fueron.
Buscaré las vetas muertas de las aguas vivas,
porque quiero ser hermano
de las aguas subterráneas,
y labrar con ellas,
góticas y negras catedrales,
para decir mis salmos de silencios,
para rezar mis cánticos al agua,
para estar lejos
de los caminos muertos del mundo.
Y cuando el sol del mediodía
tema caer en mi pozo de cien codos
ha de preguntar: ¿Quién cavó
el pozo de mi ausencia total?
Y han de responderle las estrellas
primeras de la noche:
El pico ensangrentado y la pala mohosa
del hermano
de las aguas subterráneas.*

Alegría por mi madre

*Mi voz y la luna
se van en el viento,
corcel de esmeralda
con casco de acero.*

*Caballo de plata,
tamboril del cielo,
caben tus redobles
en mis puños prietos.*

*Mi risa está firme,
mis brazos abiertos,
la sangre caliente
me salta del pecho.*

*Yérgase mi canto
en todos los puertos
porque el mundo sepa
que una madre tengo.*

*Su rostro en mis manos,
cántico de fuego,
puerta de alegría
sobre mares nuevos.*

*Su rostro en mis manos,
ausencia del miedo,
triumfo desbordante
de su nombre eterno.*

*Cansaré mis labios
en un solo beso,
y alzaré mi risa
sobre mi contento.*

*Cante mi alegría
que mi madre quiero,
ramos de claveles
en mis brazos prietos.*

*Váyase mi canto
por todos los puertos
y que el mundo sepa
que una madre tengo.*

LUIS BAUSERO

“Mastelero de gavia”
(Uruguayo).

Prædicat autbus

*Francisco de Bernardone,
claro sol y fuente viva,
corre como lava ardiendo
por sendero de justicia.*

*Ni cirios ni candelabros
que en los altares ardían,
lucían con ese brillo
como de espada flamígera.*

*No son de barro sus ojos
ni de carne sus retinas,
pero sí lluvia de estrellas
en enjambre y galaxia.*

*Francisco grita llorando
por la gracia de ese día,
y mezcla salmos y ruegos
con plegarias y sonrisas.*

*Ebrio de luz y de amor
se duele de su sequía:
¡que si soy viña sin fruto,
que si mi red es vacía!*

*Visiones y más visiones
de mil glorias infinitas,
mar de cristales y solio,
siglos y sabiduría.*

*Aves que del cielo bajan
ante sus quietas pupilas,
mezclando rezos de oro
con sus trinos de ave mística.*

*No son de sangre sus alas
ni de tierra ni de arcilla,
mas sí de ritmos y esencias
y de música divina.*

*Alientos de nube y salmo
con voces de profecía,
que las hermanas del cielo
por la gracia comprendían.*

*Nunca se escuchó tal coro
ni tan dulce melodía,
sobre las alas del viento
lloraba el santo de Umbría...*

Pentecostes

(Salmo)

*Escucharé la voz del viento en el desierto,
y se poblará mi casa.
Y mi lengua será soplo sagrado.*

*Elevaré mi cántico en el alba: trino, gloria
y alabanza.*

*Visibles para el alma Tus raíces.
Tú que vives...*

*Ya mis ojos hogueras, ya mi vida sosiego,
ya mi labio rocío.*

Tú, que reinas.

Arrullos de la Virgen al niño

*En un reflejo de cielo
y en un incendio de agua,
mi voz escucha Tu aliento
con los oídos del alma.*

*Dulzura de abeja rubia
en esa miel de Tu cara,
donde mis ojos navegan
luciente mar de plegarias.*

*La gloria en Tus ojos claros
que se pierden en bandadas,
y en Tus barbas de profeta
raíces de mis entrañas.*

*Revive incienso dormido
en el bronce de la alianza,
porque eres campo de trigo
que florece en mil espadas.*

*No se partió la simiente
ni con piedra ni con hacha,
Tú, mi retoño de viña
con resonancias de arpa...*

VÍCTOR A. ROCCA.

"Apex".

Canção para a que não virá

*Que tristeza há - de haver nêstes logares!
Que tristeza, meu Deus, se não chegares!*

*Na ramaria espessa, os pássaros serão
simples notas de côr. Não contarao pra nós,
embriagando de festa as madrugadas.
Não teremos as mãos entrelaçadas.
Não ouvirei tua vóz.
Não magoarei, siquier, tuas roupas delicadas.*

*Não ouvirei teus passos sobre a areia,
nem verei o luar, em plena lua cheia!*

*Não ouvirás comigo a música dos ventos.
E eu so', nêste tormento! E os meus lábios sedentos
Não beijaraõ os teus... Que tristeza, meu Deus!*

*Há marmários de amor na propria alma das cousas.
O arvoredo, o mar, tudo está impregnado
desta minha locura de esperar.
E toda a Natureza explende de beleza
e de pureza.
Tudo é ansia de amar! Tudo é pecado!*

*E não virás, radiante de esplendor,
para êste amor, para êste grande amor?*

*Que tristeza há - de haver nêstes logares!
Qu etristeza, meu Deus, se não voltares!*

ALFREDO TRANJAN.

Alrededor de la ciencia

Si nos aprestamos a querer delimitar la esfera de la Ciencia nos encontramos que en vez de *Ciencia* se nos ofrecen *Ciencias*: Física, Química, Biología... Acontece lo mismo que en Medicina, donde no existen enfermedades sino enfermos.

La misma observación podemos hacer en materia psicológica al estudiar los procesos referentes a la sensibilidad, inteligencia y voluntad. Lo concreto es la existencia de una personalidad consciente: la conciencia, en cambio, se nos presenta como la propiedad común de sentir, pensar y querer. Es una "abstracción objetivada".

Creemos que por no haber efectuado esta distinción, para algunos el término ciencia merece ser tenido como un "pseudo-concepto". Y en este sentido, la ciencia no es una mera palabra sino una realidad, un organismo vivo a pesar de la diferenciación de sus órganos que están, como todo organismo, subordinados jerárquicamente.

Encontramos con las ciencias la misma analogía existente entre lo que hemos señalado en medicina y en psicología, y esto es el participar de un rasgo común: la tendencia a la determinación de las relaciones necesarias.

La naturaleza de la ciencia puede concretarse en dos proposiciones que pueden enunciarse así:

- a) la ciencia "por lo que es".
- b) la ciencia "por lo que intenta ser".

A la primera correspondería esta definición: "la ciencia es el estudio descriptivo, causal, legal y sistemático de los fenómenos". (Alberini).

A la segunda esta otra: la ciencia es "una interpretación cuantitativa de la realidad".

La ciencia, ha dicho Boutroux, no está satisfecha sino cuando mide y calcula; la primera concepción nos lleva al convencimiento de que la ciencia se ocupa de hechos y de fenómenos de la realidad y que en consecuencia, la Matemática, conocimiento irreal por excelencia, no podrá ser incluida dentro de las ciencias, ya que ella está constituida por un conjunto de relaciones apodícticas que al ser aplicables a los procesos reales, introducen la necesidad en ellos. El ideal del hombre de ciencia consiste en traducir mediante fórmulas matemáticas, las relaciones que advierte entre los hechos, garantizando así su interdependencia en forma cuantitativa.

La misión del científico no es en consecuencia, la de acopiar hechos; pues un entomólogo que sólo se dedicara a coleccionar sistemáticamente patas de insectos, no sería un hombre de ciencia.

Le Dantec expresa: Que de choses différents on entend sous un vocable unique! Le malacologiste oublie l'heure de son repos pour achever de compter les stries d'une coquille nouvelle rapportée de loin par un voyageur; il est dévoué à la science, il aime la science plus que tout, il ne conçoit pas de plus grande joie que de décrire un échantillon d'une espèce inconnue. . . . Tous se déclarent fervents adorateurs de la science et le sont en effet, mais pour chacun d'eux la science se compose principalement du petit domaine dans lequel il exerce son activité.

Ces spécialistes s'adonnent à ce qu'on appelle les sciences descriptives et, en réalité, si l'on réfléchit bien attentivement, on arrive à cette conviction qu'il n'y a pas d'autre science".

Si bien es cierto que el método del científico consiste en la ordenación, sistematización y clasificación de los fenómenos ello no es todavía bastante. Recién podemos hablar de conocimiento científico cuando se establecen relaciones necesarias, constantes, de simultaneidad y sucesión.

Cuando vemos —al decir de Pascal— un resultado producirse de la misma manera, concluimos que hay una necesidad natural. Este filósofo corrige bien pronto esta posición determinista al añadir "pero a menudo la naturaleza nos desmiente, no sujetándose a nuestras reglas",

contingentismo al cual había de llegar, años más tarde, Emile Boutroux para el cual "la ciencia es la hipótesis de las relaciones constantes entre los fenómenos".

El trabajo del científico consistirá en interrogar a la naturaleza acerca de esas hipótesis. Las afirmaciones implicadas en esas definiciones, habiendo sido imaginadas para ser la interrogación posible y útil, *no son ni pueden ser más que hipótesis* (1).

Pascal hacía notar que las Ciencias tienen dos extremos que se tocan: el primero es la pura ignorancia en que se encuentran todos los hombres cuando nacen; la otra extremidad es aquella a que llegan las grandes almas cuando habiendo recorrido todo lo que los hombres pueden saber, encuentran que no saben nada y se hallan en la misma ignorancia de que eran partidos. Pero ésta es una docta ignorancia que se conoce...

MANUEL ROSÉS LACOIGNE.

„(1) E. Boutroux, "Ciencia y religión".

“Perfiles de un tipo psicológico”

“...on dénier le caractère aux amorphes... — Ils sont dépourvus de réactions personnelles, ils “sont agis” plus qu’il n’agissent eux mêmes....”

E. Peillaube ()*.

Sería evidente desacierto insistir mucho con razones de orden metodológico, acerca de la oportunidad de semejante título. Adelantamos, previendo posibles apostillas críticas, que nuestro aporte sintetiza un como esbozo, no definitivo por tanto, de determinado “tipo” psicológico, ya en nuestro medio muy destacado. No creemos que sea producto vernáculo. No. Existe en la civilización occidental, bajo todas las latitudes. Sólo, por razones de ambiente, ha destacado tal o cual matiz en forma que, si bien responde a la estructuración genérica, despliega su acomodación vital y espiritual en varias especies. Que aquí reside el porqué de muchas incomprensiones psicológicas de hoy: no saber distinguir “formas” parciales dentro de la “forma” fundamental.

Salida la psicología del negativismo creador propio del psico-fisiologismo que es parte, pero nunca expresión total, la caracterología bajo métodos nuevos, algunos intercambiados con la psiquiatría ⁽¹⁾, nos ha obsequiado con aportes que requieren mucha confrontación seleccionadora. Y, esta confrontación debe hacerse a pleno aire, fuera de la complicidad pedante de los laboratorios inúti-

(*) “Caractère et Personnalité”. Trabajo póstumo publicado por Ch. Eyselé. París, Tequi 1935.

(1) ¿Se puede olvidar lo aportado por Kretschmer, Janet, Dumas, Levy, Jung, etc., etc.?

les. Por eso estas líneas que, repetimos, son aportes, pinceladas de un cuadro más completo que esperamos dar oportunamente (2).

Y entremos al asunto. La realidad cotidiana, tan llena de sorpresas que ilustran, nos informa sin discusión de su existencia. Cuando no convivimos con este "tipo", le soportamos en la esfera de nuestras actividades, tanto profesionales, como meramente sociales. Primera consecuencia, pues, que no es privativo de tal o cual ambiente.

Discrepamos con quienes sólo lo ven en círculos adinerados, donde se le busca como expresión de falsa concepción de la existencia. No. El "pituco" —que tal es el centro de nuestra argumentación— exige mucho tacto. fino tacto —si se me permite la expresión. Bajo matices muy opuestos, en apariencia, se oculta la identidad de estructuración psíquica. Los hay —y bien típicos— en todos los ambientes, aun en aquellos que, por razones obvias, les debieran estar vedados, como en los de la cultura superior, en las filas del ejército y hasta en los estrados de la justicia.

No es más que —segunda consecuencia— producto lamentable de la deformación contemporánea que el concepto de lo varonil ha sufrido en la sociedad actual, al desarticularse el cuadro de los valores morales.

Por tratarse de problemática humana, el lector debe intuir en estas líneas, la necesidad de ver las cosas con amplitud, buscando que las conclusiones se integren en otros órdenes de conocimiento, donde la psicología debe detenerse. La psicología observa, sintetiza, cuando más adelanta posibilidades, dejando la valoración de sus conclusiones a otros ramos del saber. De paso, hacemos notar que siguiendo esta línea, después de trasponer su limitación, inherente al método elegido, podría intentarse una crítica a la cultura de hoy, intento ya realizado con aciertos dignos de mención.

Este "tipo" tiene una condición que lo caracteriza: es su negatividad frente a la vida, por más que en muchos

(2) En verdad, éstas son las líneas fundamentales de un estudio exhaustivo que esperamos, Dios mediante, publicar este año con el título: "Desparramo y vaciamiento del Hombre moderno".

casos pretenda exteriorizar y afirmar una pseudo-voluntad, sobre todo en actitudes que pueden ser agresivas, pero fugaces; son producto de un mal compensado complejo de inferioridad.

El "pituco" parece llevar un peso muerto en la existencia sin luces que le toca vivir. Sufre una tragedia: el no saberse acomodar a la vida con posición libremente buscada. Así, quiere que la vida se acomode a sus antojos, a su mezquindad hambrienta de goce y de satisfacciones sensibles ⁽³⁾. Si invade, por equivocación, campos de estudio o aquellos en donde el tesón es condición previa a todo resultado positivo, él pretendió allanar el camino mediante la figuración fácil. Para eso, se hace cliente obliado del olvido de las citas ajenas, refugiando su pobreza creadora en las adjetivaciones de relumbrón. Pertenece al gremio de los "eminentes" y es firmante de verdaderas montañas de papel impreso. No tiene pasta para más. Su tensión pensante recuerda la atrayente luz de bengala, tan efímera como su expansión luminosa.

Todo se reduce en él a un hedonismo completamente primitivo. Tiende a multitud de objetos a la vez, abandonándolos con veleidad cuando le han agregado un efímero laurel más. Salta así de la asiriología a la exégesis escriturística, del arte gótico al simbolismo. Y menos mal, cuando no se hace una idea fija sobre determinado tema. Entonces, todo se ha de encerrar en los límites de su visión.

Respecto a afectos, suele decir en rueda de amigos ⁽⁴⁾, a veces conversando con su "media naranja" ⁽⁵⁾,

⁽³⁾ Siempre nuevo es el apóstrofe de Bossuet: "Qu'est-ce qu'ils souhaitent continuellement de rappeler, s'ils pouvaient, avec leur jeunesse, si ce n'est les plaisirs des sens?" Por otro lado es claro aquello de: "...l'instrument de la pensée, ravagé, durci et flétri dans l'égoïsme furieux des sens. Cet homme s'est suicidé". Abbé Gaty: "Traité de la Connaissance de l'âme", t. II, p. 22, ed. 1920. Tequi.

⁽⁴⁾ De propósito no decimos amistad. Esta supone lo que hoy le falta a la mayoría: la personalidad propiamente dicha, no sus substitutos engañosos. San Jerónimo ha dicho, para todos los tiempos: "La amistad que puede concluir, nunca fué verdadera". Y hoy en día... basta saber ver...

⁽⁵⁾ "Amiel", de G. Marañón, p. 45, ed. Prometeo. Chile, 1933. A propósito dice ahí mismo: "La mayoría se tiene que contentar

si es que se ha decidido a entrar por la estrecha vía de las soluciones definitivas (6): "yo busco siempre sensaciones nuevas". ¡Claro! Nueva certeza: buscar sensaciones en renuevo constante es moverse en el simple plano de la individualidad, a merced de lo por venir, en esa ancha franja psicológica —la individualidad—, donde él con su ser biológico y espiritual es distinto de ese otro, más por razones de espacio que por intrínseca diferenciación (7). Para él —el "pituco" genérico— nunca la vida tendrá momentos cruciales, decisivos. Por eso es ejemplo de mimetismo (8). Vive "su" vida aislado, ondulante —verdadera sirena de tierra firme—, como corcho abandonado en la cresta de movedizas corrientes. Por eso es presa de todos los calculadores, aun desempeñando el deslucido papel de conejillo de Indias para cuánta moda alborote el ambiente de su actividad. No poseyendo ningún canon bandea de aquí para allá. La existencia tiene a través de sus actividades todas las características deprimentes de un film revisteril sucesión de cuadros que parecen ser algo en sí mismos, y que, ni lo son, ni presentan en su aparente continuidad ningún carácter de organicidad.

Decíamos que hay en él una tragedia. Y, es verdad. Dilema viejo y vivido, aunque él no lo sepa. Dilema de la acomodación *productiva* y socialmente valedera de todo ser a la realidad, ya dada antes de su llegada. Por eso,

con la mitad de otra naranja cualquiera". Lo extraño sería encontrar lo que no se sabe buscar, ya que no se sabe qué se quiere.

(6) De ahí porqué, dada la nulidad de la preparación próxima y remota de los futuros esposos al matrimonio, fracasa el gran porcentaje de las uniones en un hastío sin remedio, una vez pasada la primera fiebre de los sentidos.

(7) Véase: Maritain: "La persona humana".

Recuérdese, además: "Lorsqu'un supôt (l'essence considérée comme "ce qui est") est doué d'intelligence, de volonté, et donc d'une parfaite conscience de soi, on lui donne le nom de "personne". Cap. VII, Lib. I: Ontologie, debido a Noële M. Denis-Boulet, en "Initiation a la philosophie de Saint Thomas, publiée sous la direction de E. Peillaube. Paris, Rivière 1933, p. 64.

(8) Para los no iniciados en los fundamentos biológicos del mimetismo, recomendamos: "Los fundamentos de la biología". E. Fernández Galiano; Col. Labor 216-217, II parte, cap. II, págs. 204 a 218.

Tomado con precauciones recórrase el cap. IV: "Psicología de los simuladores", de "La simulación en la lucha por la vida", de José Ingenieros, O. Compl., vol. I, 1931.

cuando el hombre que ha encontrado su personalidad, que a través de los encontrones, los cambios y los sufrimientos ha aprendido la lección, quiere tenderle su mano fraterna para preservarlo, él se rebela con suficiencia digna de compasión. Jamás en él la humildad de quien se sabe finito y transitorio. No quiere saber nada. Sigue buscando nuevas sensaciones, embarcado en actividades sin norte, preso de un afán casi maniaco; olvidado de descansar, en silencio, para reglar los compases que marcarán su ruta de mañana.

Sabe por primitiva experiencia de orden vegetativo-sensible que debe vivir. Pero, como hay "maneras" de vivir, y, como por otro lado el afán de goce inmediato es su "leit-motiv", sigue la línea del menor esfuerzo. Es el cliente descastado, como hombre, de la técnica contemporánea ⁽⁹⁾, culpable en mucho del afeminamiento del varón ⁽¹⁰⁾.

Ese goce inmediato cuando es hombre de estudio le obliga a quedarse en la subalternización enervante de las técnicas que siguen repitiendo las investigaciones originales de Simon Flexner, Christian Herter, etc. Si es médico —cómo abunda esta variedad— se refugiará en algunos casos no bien deslindados para anunciar, en base a estadísticas defectuosas, la curación de una enfermedad difícil. Si es abogado recurrirá a la argucia de procedimientos dudosos, para olvidar la ley, cuyo fundamento metafísico siempre ignoró. En fin, pensará con frases hechas, huyendo de la significación precisa del término. Como ignora la técnica del concepto, aun cuando profese lógica en establecimientos secundarios, recurrirá a citas harto criticables. En fin, a veces se atribuirá la representación

⁽⁹⁾ ¿Podemos olvidar los apóstrofes de Berdaieff, Ortega y Gasset, Splenger, S. E. Card, Verdier, tan actualizados, en el orden biológico —con reparos, es cierto— por Alexis Carrel en "La incógnita del Hombre"? Este último ha dicho: "...el hombre tiene que reconstruirse. Y no puede hacerlo sin sufrir... Rodeado de las maravillas de la Tecnología, no comprende cuan urgente es esta operación. No alcanza a darse cuenta de que está degenerando". (Ob. cit. Ed. Gil, p. 299).

⁽¹⁰⁾ Las neurosis profesionales, derivadas del ajeteo de hoy, comienzan por debilitar la tensión psicológica en una renuncia a los deberes del propio sexo. De ahí el recrudescimiento de la homosexualidad en ambos sexos, cáncer social muy difundido.

de nuestra cultura en congresos de gran repercusión periodística, que él aprovechará bien en su economía.

Si alejado de tales ambientes se refugia en el arte, buscará la novedad, el disfraz, recurriendo al adefesio que es hoy el término de un largo proceso bien señalado por Ortega y Gasset (11).

Se entregará, con empuje digno de mejor causa, a defender cuanta producción necesite un padrino arrojado. Defenderá autores que nunca leyó. Quedará petrificado, después de varias exclamaciones detonantes (12) ante cualquier extravagancia pintada por los que, como él, dicen ser decoradores, ignorantes de los elementos de perspectiva. En fin: desconocerá en todo la brega sostenida, la lucha íntima, la vocación del silencio, fundamento duradero de toda obra real y valiosa. Para él, jamás contará la crítica implacable; esa revisión que expurga pero dignifica (13).

Dejemos los ambientes señalados, vayamos a la calle de nuestra Buenos Aires, tan renovada bajo el peso de sus anuncios luminosos, tan extenuante con su vocinglería internacional. No debemos olvidar que el "tipo" en estudio está también en la calle, por imperativo de su innato afán de sensaciones nuevas. Es el cliente obligado de las nuevas formas de propaganda, el comprador cotidiano de las revistas más inútiles, en fin, es el secreto admirador del pistolero profesional, al que si condena en nombre de su gregarismo medroso, admira en lo más secreto de su fluctuante yo. El vivir a plena superficie—valga la figura— le mueve a concurrir a espectáculos de número.

(11) "Sobre el punto de vista en las artes", p. 95 a 127, de: "Goethe visto desde dentro, etc.". Serie de artículos recopilados. Ed. Rev. de Occidente, 1933. Aclaramos que, sobre todo, en algunas conclusiones finales sobre el "realismo" geoescológico, discrepamos. Nos parece lamentable que el profesor hispano mariposee verbalmente sobre tanta hondura pensante. Quizás imperativo de vieja costumbre: ¡la buena conversación!...

(12) Señalamos los trabajos de Avelino Herrero Mayor, a quien sabemos serio estudioso del problema. En "La Nación" ha estudiado voces tales como: "fenómeno", "colosal", "estupendo", etc.

(13) Pero no se logra sin el silencio. Dice Eymieu S. J.: "...se tiene horror al esfuerzo y hay demasiados libros. Se liba de flor en flor, sin sacar nada de provecho..." Le gouvernement de soi-même. T. I, pág. 110.

Si practica deportes, recorrerá toda la gama de variedades hasta dar con el que más que una buena salud le proporcione más oportunidad de cultivar lo que él sabe "es bien".

Ambas especies —que llamaríamos, con un tanto de audacia—, "cultas" (que así se bastardean los términos) y "callejeras", tienen una preocupación, bien estudiada estos últimos años: el vestido. Ambos, es decir, los representantes de estas dos ramas, tendrán en el vestido su preocupación, en el gusto, su porqué. Coincidirán a veces, no siempre, en adoptar una pose agresiva, mientras el posible contrincante no sea hombre de decisión. Ambos —¿por qué no?— serán trompeadores de ocasión, pero sólo el perteneciente a la especie "cultas" (sic) podrá ser camorrero de dancing, cuando no cultor de duelos periódicos.

Ambos —y pedimos al lector que no exija excesiva rigidez a nuestros asertos, ya que laboramos datos tomados de la corriente vital de todos los días— tienen dos posibilidades respecto a sus decisiones, si es que así se puede llamar lo que no tiene ideación previa y elección voluntaria, signos éstos de personalidad. Una es la más cómoda: dejar hacer, con todas las renunciaciones concomitantes. Otra querer hacer, pero para satisfacer afanes de posición o goce inmediato.

Para el "tipo genérico" no hay sentido en ciertas palabras, por más que las use a menudo. Nunca quiso tener responsabilidad, cumplir con su deber, obrar con desinterés. El "pituco" busca encumbrarse, aun cuando esto signifique perjudicar con una mentira al compañero de banco en el taller. Todos los medios son buenos, dice. Es cultor del maquiavelismo degenerado de todos los pequeños, de los ruines. "El fin justifica los medios", dice, y agrega: sean éstos inmorales o amorales. Pero no le metamos en hondura. Estos adjetivos serían su prueba de fuego...

Todos los matices medios surgen de esta doble posibilidad. Cuanto sea expresión primaria de la existencia le cuenta como decidido defensor. Como no sabe de formas de vida construídas con perseverancia y altura, solu-

ciona todo con la inclinación obsequiosa de quien tiene un raquis harto elástico. Es colaborador oficioso de elecciones promisorias, intermediario de los audaces que le dan ocasión de utilizar sus condiciones de tribuno callejero. Es halagado para ajustarle, sin que se dé cuenta, el dogal de las obligaciones deprimentes.

Ahora, dos palabras finales. Quizás al margen de la estricta psicología.

La voz que sirve para nombrarlo será, o no, oportuna. Lo que es indiscutible, es la fina intención de Sancho al denominarlo así. Hay en el mote algo de pringoso, de añinado, de mujerial que denomina su pobreza espiritual, su balance negativo.

En efecto: cuando le vemos balancearse estúpidamente al compás de ritmos simiescos, pensamos sin querer en su pequeña dote como valor humano, en su pobreza interior. Y cuando le oímos, en el subterráneo o en el bar, hablar con su afectación —que no todos la tienen— nos afluye una emoción de trágica presencia; se nos actualiza el momento de hoy, con su brutalidad, y más que nunca, con sus tintes recargados. ¿Qué haremos con las muchedumbres? ¿Qué haremos con los naufragos que las forman en su mayoría?

El “pituco” expresa con evidente realidad un momento de nuestra vida, de nuestra vida moral, fluctuante, pobre, empequeñecida en medio de un relativo bienestar, bastante lleno de lunares por cierto.

Como elemento, como factor social humano, el “pituco” es un signo de decadencia, de superficialidad, de desparramo. Es “la piedra de escándalo” que pone en la picota a vicios desgraciados, a deformaciones propias de quienes se orientan a bienes exclusivamente materiales, en un sibaritismo que repele, niega y mata la vida, que es creadora por excelencia ⁽¹⁴⁾. El pituco, seamos indulgentes, es producto inocente de esa vida de hoy, vida que no

(14) Para deslindar confusiones, aclaramos: la vida es creadora en cuanto actualice valores espirituales. Véase y medítese: J. Maritain: “La vie d'oraison”. París, 1925. Además, recomendamos del P. Sertillanges su magnífica obrita: “La vie intellectuelle”. Quizás abra muchos horizontes.

puede levantar cabeza ante la saeta de Berdaieff: y que vive sólo en anchura y largo, sin saber de profundidad ni menos de altura.

Con este tipo psicológico se cierra un ciclo de nuestra vida social, que aunque dure todavía muchos años con aparente vitalidad, ya ha pasado. No responde en nada ni a nuestras propias necesidades ni menos a las eternas propias del hombre en cuanto ser netamente espiritual. Por eso refrendamos con otros estudiosos, finos observadores de los murmullos que se acrecen cada día más, su partida de defunción.

Para felicidad nuestra, comienzan a asomar, tímidas pero promisorias y de raíces excelentes, otras "formas de vida" más puras y nobles, menos terrenas y más cuidadosas de enaltecer el núcleo espiritual que es la síntesis y el porqué de toda nuestra actividad psicológica. Formas afirmativas, constructivas, auténticamente creadoras, a las que la mediocridad ambiente, siguiendo la ley del menor esfuerzo, busca oponer toda clase de diques.

Sin embargo, constatemos con alegría, que estas nuevas formas de vida han trazado un zanjón infranqueable entre aquellos que viven sólo "su" vida, encastillados en su mezquindad, y los otros que orientan la suya en función de valores vocacionales, si más sacrificados, más dignos, más puros y más espiritualmente humanos.

MAURICIO FERRARI NICOLAY.

*Apuntes para un estudio sobre la obra
de Angel M. Ganivet.*

La emoción de Granada en la moderna literatura castellana

- I) Mosaico Granadino: A. M. Ganivet; Rubén Darío; R. Sáenz
Hayes. II) El sortilegio del agua.

I

Es imposible hablar de Angel María Ganivet sin traer el recuerdo de Granada, su ciudad natal. Todo el ambiente de su producción es ella. Patriota sincero, el canto mejor es para el terruño.

En España, el caso no es único: como derivación saludable del realismo, tónica de su arte, en todos los tiempos de su literatura han aparecido las descripciones, las loas, los cantos amorosos a las cosas y lugares del país. Y envueltos los escritos en un acendrado patriotismo han llevado a todos los rincones de la tierra el calor de Iberia. Fenómeno interesante este, diríamos casi sin par, ya que en las manifestaciones artísticas de ningún otro moderno país se lo encuentra con caracteres tan notables.

Si se lo toma como derivación del realismo debería, sin duda, hallársele en Francia, que convirtió esta expresión artística en escuela; pero en ella ni en su desviación naturalista la hay. En cambio —parecerá contradicción— algo, que desde luego no es idéntico, se encontraría en la escuela opuesta: la romántica. Cantan los románticos franceses a tierras, lugares y cosas, alambicadas en sus alardes imaginativos, más cuando no es tal canto producto utópico, es lejano, exótico, cual los de Chateaubriand describiendo las selvas de América, o los del precursor Rousseau mostrando los beneficios de la vuelta a Natura. Y si

para confirmar esto requerimos un testimonio, con remitirnos, por ejemplo, a la obra de Ch. Lenient "*La poésie patriotique en France*", en ese campo, veremos que la mayor parte de las obras allí estudiadas, cantan a un sentimiento, a una concepción abstracta que es la patria, pero la expresión tangible cual son las cosas del terruño, sólo aparece por excepción.

Y dentro del conjunto artístico europeo, descartando a Italia y a Alemania, sólo como casos fuera de lo común se dan estas loas. Inglaterra con Dickens o Scott (conste la exclusión del genio de Stratford-on-Avon); en las literaturas nórdicas quizá haya algo de eso en la extraña cosmogonía del "*Peer Gynt*", de Ibsen, o en el "*Kalevala*", de la épica Finlandesa, estudiado por Ganivet. La literatura rusa, en cambio, con ser tan rica y de tan variados matices —tanto la legendaria como la moderna— canta más al hombre, sus alegrías, dolores, hazañas, etc.

Por esta característica tan singular de España, puede afirmar sin mengua quien dirige su mirada al arte ibérico, que la conoce —más que conocerla— que la siente, sin haber estado en ella, sin haberla visto.

Ese amor por lo vernáculo en lo que atañe a Andalucía, en especial a la región Granadina, tiene cantores singulares. De Hurtado de Mendoza pasando por Ginés Pérez de Hita y Zorrilla, hasta Ganivet. Y en este último, el canto se traduce en emoción. Emoción que, concretando los perfiles de una ciudad legendaria, conquista al lector de sus obras, pero en la que una crítica demasiado escrupulosa podría ver sólo un exceso de cariño hacia la patria.

Desde luego debemos dejar constancia de que en todos los escritores antes citados hay calurosas referencias a la ciudad mora. Y el visitante, el extranjero que cultiva las letras castellanas, llegando a Granada, si es poeta, compone las rimas de sus extraños rincones; si es cronista, vuelca en su relato los panoramas de color, las pinceladas de fuego. Y aún el erudito encuentra, en tal o cual inscripción, la referencia viva que las montañas de papiros y palimpsestos le ocultaban. Con el testimonio de ellos comprobaremos la exactitud de esa emoción de Ganivet.

Junto con él, dos voces cantan a Granada en la moderna literatura ibero-americana: Rubén Darío y Ricardo Sáenz Hayes. Es decir tres voces, pero, tres tonos distintos. El patriotismo, en el viajero que azahares de la vida mantienen lejos de los paternos lares, por la pluma de Angel María y cosa notable: tal amor puesto en un libro expresamente dedicado a Granada, sólo señala sus defectos ("*Granada la bella*"); mas en toda la obra del agrídulce granadino, Granada está presente y se la encuentra aún en aquel lejano reino de Maya que conquistara Pio Cid.

El cronista exquisito, el poeta de las volutas, el prosista de arabescos que era el inefable Rubén, deja en páginas —más que escritas repujadas, del repuje maravilloso de los artifices árabes de Eibar— su impresión de Granada. Y es la ciudad mora la que figura en "*Tierras Solares*"; la de cortados minaretes y califas de perfumadas barbas; la de serrallos con morenas esclavas, la de sultanas de recatados velos.

Y llega por último R. Sáenz Hayes, el viajero fatigado, el que huyó de la guerra horrible y vió los instrumentos que el hombre creara para su bienestar, símbolos del progreso, puestos al servicio de la destrucción y la muerte; del exterminio y el odio fraticida; llega a Granada, la milenaria, y contempla en la Alhambra estática, la huella del tiempo, la dulce calma de los siglos y anhela para su atormentado espíritu esa paz, esa quietud de remanso de las vegas moras.

El "leif-motiv" de toda la producción de Ganivet, es un canto a Granada. En el trabajo más ajeno a este sentimiento evoca al terruño y sin mencionar el nombre querido, el lector presiente el telón de fondo: Granada. El escritor-viajero cuya pluma recorre caminos del alma y las más apartadas rutas de la tierra; o, el viajero-escritor, el nómada, el incansable vagabundo —en la prístina

acepción de la palabra—, llevan siempre a flor de labio el canto a la ciudad natal.

Este granadino que siente tan hondo la atracción de su pueblo, cuando se halla en él, apura con fruición las bellezas, lo sabroso de esa tierra andaluza y sólo cuando se halla lejos, aislado, donde el vivir se funde con la meditación, ve la realidad de su sueño. Entonces valora el recuerdo, confronta las bellezas de guía de turismo, atribuidas a Granada, con las de las ciudades visitadas; pesa con justa balanza el alcance de un nuevo sistema de urbanización; el valor histórico, legendario, etc., de lo que afectaría una modernización; concreta, con extraña sinceridad, las virtudes y defectos de la realidad granadina; y, nos da ese singular Tratado de Urbanismo que se titula: "*Granada la bella*".

En la obra de Ganivet se descubre, implícitamente, su patria: en las innovaciones que en el salvaje reino de Maya introduce Pio Cid, Granada está como modelo ⁽¹⁾; todos los trabajos, paseos, meditaciones, incongruencias, reformas, etc., que el mismo Pio Cid realiza a su vuelta a la civilización tienen por escenario la ciudad, las vegas, los cármenes, las sierras de Granada ⁽²⁾; la acción de su drama místico transcurre en la Alhambra, donde sus personajes cantan "por granadinas" ⁽³⁾; su correspondencia desde el consulado en Finlandia va toda ella a Granada ⁽⁴⁾; todas las referencias autobiográficas las concierta con ella. Y a pesar de esto presenta el caso raro de un patriota que cuando debe cantar, explícitamente, a la patria, sólo hace prolija revisión de sus imperfecciones.

En efecto: anuncia en el primer párrafo de "*Granada la bella*": "Mi intención no es cantar bellezas reales, sino bellezas ideales, imaginarias. Mi Granada no es la de hoy: es la que pudiera y debiera ser, la que ignoro si algún día será". ¡Con qué íntima satisfacción escribe: "Mi Granada"; no escribiría con más orgullo: Mi ma-

(1) "La conquista del reino de Maya, por Pio Cid".

(2) "Los trabajos del infatigable creador Pio Cid".

(3) "El escultor de su alma".

(4) "Cartas Finlandesas".

dre! Es que en algún sentido, tiene para Angel María algo del cariño de madre. No dice en balde, el protagonista —con tanto de autobiográfico— del drama *“El escultor de su alma”*:

*“Aquí en Granada empezó
mi vida de peregrino...
De aquí la voz del destino
imperioso me apartó.....*

Y la defiende Ganivet con amor de hijo. La defiende de la plaga de innovadores, que en el fondo sólo son imitadores; plaga que, por otra parte, existe en todos los lugares del mundo donde queda algo típico, algo característico, ya sea histórico o legendario, para admirar. “A Granada —escribe— llegó la epidemia del ensanche y como no había razón para que nos ensancháramos, porque teníamos nuestros ensanches naturales en el barrio de San Lázaro, Albaicín, y Camino del Huétor, y más bien nos sobraba población, concebimos la idea famosa de ensancharnos por el centro y el proyecto diabólico de destruir la ciudad...” (*“Granada la bella”*, IV, pág. 43).

Estas reflexiones, datadas en febrero de 1896, pueden aplicarse en cualquier momento, en cualquier país. Demás está decir lo oportunas que son para el nuestro. Pero las reflexiones sino van acompañadas de sus respectivos argumentos no se convertirán jamás en ideas fecundas. Y Ganivet razona, haciendo una pintura de la ciudad en la que los grandes trazos no quitan el color: “Granada —argumenta— es una ciudad de sombra: a pesar de su Exposición y de la proximidad de la Sierra Nevada, que producen grandes irregularidades climatológicas, su carácter es el de una ciudad meridional; su estructura antigua, que es la lógica, obedece a la necesidad de quebrar la fuerza excesiva del sol, por eso sus calles son estrechas e irregulares, no anchas ni rectas”. (Id., pág. 37).

Un cuadro más sintético ni más amoroso no es posible. Dentro de él caben un proceso histórico, cual es el de la formación de la ciudad y las razones para que sea tal

y no otra; toda una relación etnográfica, cual es la de los rasgos del habitante que determina esa tierra cálida, con un sol que abrasa, con un viento de fuego. Por algo Darío la ubicaría con un plumazo, desde el título de su recopilación: "*Tierras solares*"; tierras de luz, de calor; moreno el rostro de sus habitantes, curtidos por esos elementos; de fuego sus pasiones, cual regidas por la tierra. Diríase que el moro trajo de su Africa, el sol ardoroso, el viento cálido de sus desiertos arenosos a este oasis de fertilísimas vegas.

En ese clima el agua tiene que jugar un papel importantísimo. Ganivet también toca este punto, como veremos más adelante, y lo hace trayendo a colación un detalle interesante en el historial de Granada cristiana: sus guerras de pan, esas tempestades populares en demanda del alimento, que la especulación había puesto fuera del alcance de los bolsillos flacos. Las recuerda para destacar algo que parecería contradictorio en esta tierra solar. Un clima como el antes descrito debería formar una población sensual en extremo. Sin embargo Ganivet observa que: "un pueblo que concentra todo su entusiasmo en el pan y en el agua, debe ser un pueblo de ayunantes, de ascetas, de místicos. Y así es, en efecto: lo místico es lo español, y los granadinos somos los más místicos de todos los españoles, por nuestro abolengo cristiano y más aun por nuestro abolengo arábigo". (Id. VI, págs. 53-54).

La misma Granada es mística, si cabe el adjetivo aplicado a la ciudad, a su ambiente ⁽¹⁾. Y ese misticismo, que perdura a través de los tiempos, da dos frutos peculiares, inmutables: "el ambiente, que por fortuna está fuera del alcance de los reformadores, y el filosofastro, pintado magistralmente por Méndez Vellido en su artículo: "Lo inmutable" ... ("*Cartas Finlandesas*", XI, págs. 192-193). Ese filosofastro granadino tiene, realmente, algo de místico. No es el charlatán vulgar que, perorando desde el banco de la plaza, modifica los malos gobiernos, corrige los defectos del mundo que hace mo-

(1) Los términos "místico" y "misticismo" llevan a un juego peligroso de expresión. No se les dé más alcance del que surge del contexto.

ver a su antojo... no, de ningún modo. Es un producto impar que se arrincona para que le dejen "el alma en paz"; por perezoso llega a ser un inadaptado; es, según Ganivet, "el hombre telaraña que se sonríe con desprecio de todas las escobas inventadas por la moderna civilización". (Id. XI, pág. 193).

Este espíritu místico de Granada está en sus hijos; está en Ganivet, hijo dilecto, cuya postrera obra será un drama "místico". Pero ese misticismo es de características especiales; no es renunciamiento, inercia; "no es el éxtasis —dirá Angel María—; es mucho más y mejor: arranca del desprecio de todas las cosas de la vida y concluye en el amor de todas las cosas de la vida; el desprecio nos levanta hasta encontrar un ideal que nos reposa y con la luz del ideal hallado vemos lo que antes era grande y odioso, mucho más pequeño y más amable..." (*"Granada la bella"*, VII, págs. 70-71). Compárese la expresión de este estado de ánimo —que puede ser colectivo— y véase cuanto de afín tiene con el filosofastro de Méndez Vellido. Y destacamos la condición de "estado de ánimo" de esa definición del misticismo, porque es tal en Ganivet. Cuando salga del propio "yo" y hurgue en la psicología colectiva, ese misticismo tenderá a interpretar la aparente contradicción entre la tierra solar y el tono ascético; la sutil paradoja que lleva del placer al renunciamiento. Entonces asentará esta otra concepción (sui-generis): "El misticismo no es más que la sensualidad refrenada por la virtud y la miseria" (id. VI, pág. 55); concepción en la que han de fundirse Mahoma y Cristo, es decir los extremos de la paradoja ya que "la rociada de sensualismo que los africanos arrojaron sobre España, fué la primera materia que, como abejas, transformamos en misticismo con nuestro espíritu cristiano". (Id., pág. 55).

Como "estado de ánimo", semejante sugestión de Granada, es de sutileza extraordinaria, sólo la percibe el espíritu afín; jamás la vislumbrarán los "rebaños de la agencia Cook" que se guían por "el rojo Baedeker". Para esos turistas está lo que salta a la vista, por ejemplo, los grandes monumentos. Y a las comunas que quieren dotar

de ellos a Granada aconseja Ganivet: "El embellecimiento de Granada no exige grandes monumentos, porque tenemos un gran renombre adquirido en todo el mundo con nuestra Alhambra..." (Id. XI, pág. 114). En efecto: "de la Alhambra pudiera decirse que está en toda Europa y fuera de Europa..." (Id. pág. 115). Mas los turistas que vienen atraídos por el renombre, son gentes indiferentes a quienes, a lo sumo, llama la atención algún detalle fuera de lo común; son gentes que hoy llegan a Granada, pasado peregrinan a Lourdes; un día beben cerveza en Munich y otro leche en alguna landa flamenca; una vez visitan Westminster, otra asisten a una función de gala en la Opera de París; son gentes a quienes sólo preocupa el haber estado alguna vez en sitios famosos del mundo para dejar boquiabiertos a sus paisanos con relatos fabulosos; son, como bien los definió Darío, "rebaños". Y no logran jamás captar el espíritu de los lugares que visitan porque no ven más allá de la información del Baedeker, no oyen más que la voz del cicerone. Por eso llevan de Granada, la impresión de una ciudad de casuchas arrimadas unas sobre otras, de calles tortuosas, de vecinos de fiera presencia; de mil incomodidades pero donde, por casualidad, se encuentra la Alhambra, un antiguo paraíso, es decir, algo digno de conocerse. "¿Cómo hacer ver —se lamenta Ganivet— que ese alcázar recibió su primer impulso de la fe, siempre respetable, aunque no se comulgue con ella y fué teatro de grandes amarguras, de las amarguras de una dominación agonizante?" (Id., pág. 116).

Ciertamente, ¡cuán tristes y dolorosos debieron ser los postreros días que Boabdil, el rey Chico, pasó allí! ¡Con qué pena desenterró los restos de sus antepasados, al entregar la ciudad a los Reyes Católicos! ¡Cuánto lloró, al mirar por última vez, desde las primeras Alpujarras, a la ciudad querida!:

*"Hélas! Ma puissance est détruite
Ma vaillante armée est en fuite
Et je m'en vaît san autre suite
Que mon ombre derrière moi!"*

le hace decir en ese lugar Th. Gautier, desde los conocidos versos: "*Le soupir du more*" (1), con el mismo dolor que Zahara, la amante morisca de "*Aben-Humeya*", llorará más tarde en la tragedia de Villaspesa:

"¡Granada, Granada,
de tu poderío
ya no resta nada!

.....

*Granada, ¡Granada!... ¡Tu Alhambra está en ruinas!
Llorando hasta el Africa van las golondrinas
a dar a tus hijos el triste mensaje...*

(Acto I, esc. IX).

Y ese hábito doloroso que flota en las galerías solitarias, es impalpable, ajeno a la curiosidad de despreocupado o mal informado visitante. No todos lo presienten a través de la aparente alegría de la ciudad, como lo logra, por ejemplo Th. Gautier, viajero: "Grenade — escribe — est gaie, riante, animée, quoique bien déchue de su ancienne splendeur". (*Voyage en Espagne*, Cap. XI, pág. 206). Por ello se quejará nuestro granadino: "el destino de lo grande es ser mal comprendido: todavía hay quien al visitar la Alhambra cree sentir los halagos y arrullos de la sensualidad, y no siente la profunda tristeza que emana de un palacio desierto, abandonado por sus moradores..." ("*Granada la Bella*, XI, pág. 116).

Genuína emoción de Granada la que brota de la pluma de su hijo más amado. Emoción de las cosas simples, de lugares y gentes sencillas; emoción de la tierra, del aire, del cielo... De la tierra fértil de los cármenes y vegas... Del aire cálido, que parece traer los sonos de lejanos añafiles y tambores... Del cielo, que hacía decir a otro viajero famoso, Alejandro Dumas, padre: "Allí el cielo no es como los otros cielos, hay en el aire un vaho que tamiza los colores y que dulcifica el tono de los horizontes hasta el punto que la mirada parece

(1) *Poésies Completes*. Pág. 145, T. II. Ed. Charpentier y Cia. 1885.

reposarse en océanos de terciopelo". (*"De París a Cádiz"*. Carta XVIII, fechada en Granada, 28/10/1846). Cielo límpido, que se mira en el espejo de las aguas claras de las fuentes y los ríos de auríferos lechos, esos ríos que movían al estro cristiano del Padre Juan Arolas a cantar:

*"Tiene el Darro arenas de oro
Las tiene el Jenil de plata
No hay otro Generalife
Ni tampoco hay otro Alhambra".*

(*"Romance Morisco"*).

basado en el antiguo testimonio de Ginés Pérez de Hita: ...*"Y no es fábula, que yo el autor de esta narración, lo he visto coger..."* (*"Guerras Civiles de Granada"*).

Emoción que traduce una Granada en la que se encuentran en conjunción la refinada sensualidad y el ascetismo más extremado, la ardiente poligamia de los harenes orientales con la acendrada castidad del cristianismo. Granada, cuyo recóndito sentido necesita de esta interpretación, en la que se deleita Ganivet, como la necesitan las suras alcoránicas o algunos oscuros versículos evangélicos. En la que caben por igual el parecer que contienen los versos finales del *"Romance Morisco"* del Padre Arolas:

*"...eclipsó la cruz
Tus medias lunas, Granada."*

o este sentir que, avatares de su sangre morisca, dictaban a Villaespesa:

*"¡Plantar quiso en vano
su cruz el cristiano
en las torres!... Nada.*

*Granada es Granada
¡siempre lo será!*

(Op. cit.)

Hemos sintetizado la opinión que merece a un patriota exigente, su tierra natal. Veamos ahora cómo la

caracterizarán otros escritores extranjeros que pasen por ella porque, en realidad, este sentimiento de Granada en un granadino no es de extrañar. Pero la atracción de la ciudad, desde antaño, ha movido la curiosidad de los que viajan. Tal es su seducción que la misma reina Isabel, mientras su esposo luchaba por conquistar el último reino moro, subía a las colinas cercanas a tener en la visión, un anticipo de esa emoción de la ciudad. Y desde el momento que recuerda el romance popular:

*“Por las puertas de Granada
Hoy entró Doña Isabel...”*

franquearon sus muros los viajeros curiosos de todos los siglos posteriores.

Encontramos, al pasar, a Th. Gautier, Alejandro Dumas, Washington Irving y tantos otros. Reconocemos ahora entre ellos a Rubén Darío, el andariego. Viene de tierras de bruma a tierras de sol para tornar, incansable, a aquéllas; siempre peregrino, pero esta vez en busca de salud.

“Salí de París —escribe— el día de la primera nevada, que anunciaba la crudez del próximo invierno. Salí en busca del sol y salud, y aquí, desde que he llegado, he visto la luz alegre y sana del sol español...” (*“Tierras solares”*, pág. 9).

A través de España meridional, se acerca a Granada, a la que llama: el viejo paraíso moro; y el poeta, de imaginación brillante, evocando el título de un libro del provenzal Aubanel: *“La granada entreabierta”*, en divina metamorfosis, se transforma en una pequeña coccinela que roerá esta otra Granada que a sus ojos se entreabre. Como el pequeño animalito que ambula por las cortezas rugosas, “por las durezas lisas o ásperas de la cáscara hasta llegar al borde desde donde divisa el interior palacio de pedrería...” (Id. pág. 88); así hará el viajero a quien la coccinela ha enseñado que “el corazón de la granada es dulce como la miel”. Y, completando el símil, la imaginación del poeta le hará decir: “He mirado la corteza rugosa de la antigua capital mahometana, en un tiempo poco propicio, entre calles lodosas y un cielo nublado; mas luego he ido hacia la parte entreabierta

que deja ver el corazón de su historia y su propio corazón..." "...y después el sol ha brillado; y así, la encantadora ciudad se me ha mostrado primero brumosa y luego luminosa. Y sé que el corazón de la granada entreabierto es dulce como la miel". (Id., pág. 88-89).

Llega Darío a esta tierra en pleno invierno, y aun en él, le es tan propicia que puede escribir: "... los rayos solares ponen el encanto de los juegos de la luz en el corazón de la granada entreabierto..." (Id. 88) y, como profundo observador de cosas y lugares, capaz de sentir y transmitir la emoción religiosa que anhela Ganivet, afirma: "He tenido, por llegar en este frío febrero, un singular gozo: estar solo en la Alhambra y en el Generalife". (Id. pág. 89).

Allí, en el palacio desierto, el andante cronista se ha detenido; ha observado y se ha ensimismado en la meditación: "Desde la Alhambra se mira el soberbio paisaje que presenta Granada y su vega deliciosa" (Id. pág. 91). Y se divisan las cúpulas blancas de las cien mezquitas, de las que el poeta, en una pirueta funambulesca de su expresión, dice que tienen "de las geometrías de la clara de huevo batido". (Id. pág. 92).

Absorto, extasiado ante el espectáculo, caladas en su imaginación extrañas gafas, vienen a su mente evocaciones milunanocheas. Y, desde la arquitectura, en la que ve una cuerda reproducción de la Naturaleza, hasta los últimos resabios de morería que encuentra en los granadinos que le salen al paso, todo le dice que "nadie ha vivido la poesía como esa misteriosa y pensativa raza de hombres tristes de amor y fatalidad". (Id. pág. 92). Amor, del que hablan las inscripciones que abundan por todos los rincones; fatalidad, que resalta en la dulce soledad. Todo ello crea un ambiente, extraño y exquisito al mismo tiempo; ambiente, en el que ya parecen oírse los gritos de espanto de las desgraciadas esposas condenadas a la degollación en la manchada pila, de la que habla Ginés Pérez de Hita; ya se creen percibir delicados perfumes que brotarán de mil sahumerios y pebeteros; o ya se ven flotar, en hermosa alucinación, albos alcazares velando formas venusinas. "Y hay algo de inaudito y

de fantástico en todo esto, de manera tal, que vienen al pensamiento esas moradas ilusorias en que habitan los inmortales príncipes de los cuentos que cuenta la prodigiosa Scherezada". (Id. pág. 93). Y, también, hay algo de triste y doloroso, como lo hay en los cuentos de la célebre sultana que cada nueva aurora temía perder su cabeza en manos del verdugo.

Con tales elementos un poeta no precisa más para hilvanar una página bella. Así lo hace Rubén Darío, dejando deslizar entre la música de su prosa un consejo para futuros poetas que lleguen hasta allí: "Para disfrutar tranquilamente de la magnificencia y suavidad de estos parajes y recintos, ninguna ayuda mejor que la tradición". (Id. pág. 97). La tradición está en: "Salones, torres, ajimeces, bordadas piedras, aéreos calados, baños, jardines, miradores...". (Id., pág. 98).

Todo recuerda la dominación árabe. Dumas, padre, dirá a cierta dama en la carta antes citada que figura en "*De París a Cádiz*": "Lo que más os seducirá, señora, es ese sabor a Arabia que ha quedado flotando en el aire".

El día que Darío parte de este paraíso escribirá: "He dejado Granada con pena, por su corazón de mármol labrado, por su viejo corazón, por sus divinas vejeces, que hacen más adorables una naturaleza singular". (Id. pág. 101).

Esta es la emoción de un poeta que se suma a la unción religiosa y el patriotismo de ese otro poeta que era Ganivet. Es un distinto sentir frente al mismo espectáculo. Amiel estaba en lo cierto. El paisaje es inmutable, los que pasan son los hombres; pero, cuando esos hombres tienen el don maravilloso de fijar su impresión, de fijar su sentir en páginas eternas, también la emoción perdura.

El consejo de Darío, antes aludido, no caerá en el olvido. Habrá un viajero que al arribar a Granada lo tenga en cuenta: Ricardo Sáenz Hayes. En su libro "*España. Meditaciones y andanzas*", donde refiere su visita a Granada, confiesa que llega a ella "a remover añejas leyendas y olvidados romances" porque "un buscador de emociones estéticas, en llegando a Granada se encontrara

con una ciudad municipal y de tipo americano, le sobrarían motivos para molestarse como si hubiera sido víctima de una defraudación". (*España*, Cap. X). Por ello, viene dispuesto a poner en práctica el consejo de Darío e invita al lector: "Vamos a recorrer sin rumbo ni prisa por la añeja y moderna Granada" (Id. Cap. XII), pero, a buscar en ambas, el alma de la ciudad.

Comienza por evocar la dominación arábiga y su amor por Granada, "amor que alentó en los corazones moros en manera extremosa" (Id. Cap. X). Recuerda a Muley Hazén, décimonoveno rey de Granada, padre de Boabdil, como "al rey que dió su fortuna para que Granada fuera un paraíso" (Cap. X). Y dice que, siendo amante de la vida bella y los placeres, "un palacio (La Alhambra) para él, tenía que ser un palacio encantado" (Id.). Destaca estos refinamientos, para llegar a una conclusión que parecería en abierta contradicción con algo que hemos visto afirmar a Ganivet y corroborar a Darío. "Lejos, muy lejos —sostiene— se está aquí del ambiente religioso de Córdoba. Para los moros Granadinos la vida debía vivirse con todos los sentidos y a nadie tanto como a ellos debía horrorizar la religión del tenaz adversario cristiano, religión de tristeza y renunciamiento". (Id.).

En realidad no hay contradicción, sino, grados de sutileza en la interpretación. Granada no era ni más ni menos religiosa que Córdoba, sólo que en ésta, la religión, quizá por influencia del medio, era más exterior, se la practicaba más de puertas afuera, con mayores muestras de exteriorización de las creencias personales, por ejemplo, las peregrinaciones al Mirab, donde estaba colocado el Alcorán; el surco en torno al ara que la tradición asegura haberlo marcado las rodillas de los fieles; etc., confirman esto. En cambio, la de Granada, —y aquí por claro influjo del medio— era interior. Comprueban esto Ganivet y Darío. Y, también, más concentrada la manifestación personal de las creencias; quizá una liturgia más sintética. Por este camino se acerca grandemente al cristianismo, la religión interior por excelencia.

La prueba de esta posible afinidad la trae el mismo

Sáenz Hayes: "Sin embargo —dice— los reyes de Castilla, aún los más piadosos, los que llevaban la imagen de la Virgen en el arzón de las cabalgaduras y el Cristo en los estandartes, soñaban con Granada como si ella les reservara los encantos de la tierra prometida". (Id. Cap. X). ¿Y, acaso, habrá prueba mejor y más bella que esa joya, entre lírica y épica, que es el romance anónimo de Abenámar?:

*"Allí habló el rey Don Juan,
bien oiréis lo que decía:*

*—Si tú quisieras Granada
contigo me casaría,
darate en arras y dote
a Córdoba y a Sevilla.*

*—Casada soy, rey Don Juan,
casada soy que no viuda;
el moro que a mi me tiene
muy grande bien me quería".*

Es que, en realidad, entre la vida bella, los placeres y refinamientos de Muley Hazén y la religión sufrida de Córdoba, de torturas y dolor, sólo hay una diferencia en la interpretación de las enseñanzas del Corán. "Se piensa —opinaba Darío a este respecto— en los novelescos guerreros y amadores que vinieron del Africa cercana a anticiparse en este país espléndido un poco del cielo mahometano" ("*Tierras solares*", pág. 92). El propósito religioso, como fondo de tales deleites en el Mahometanismo puede justificarse. Por otra parte, lo mismo ocurre en el Cristianismo; hay creyentes para quienes la vida es regalo de Dios, debiendo apurarse sus bellezas y disfrutar el obsequio, en una bonhomia y paz interior, para no ofrendar al cielo; y los hay para quienes la vida es un nuevo Calvario, que debe ascenderse con la cruz a cuestras, para agrandar al Señor. Si no median entre estas dos concepciones, razones ajenas al ideal religioso, puede

bien decirse, como en el caso de Granada, que sólo existe una diferencia de interpretación de la palabra divina.

Después de recordar el romance de Abenámbar, antes citado, continúa Sáenz Hayes su evocación adentrándose en las crónicas de Ginés Pérez de Hita, de Hurtado de Mendoza, en algunos historiadores castellanos, en fin, documentando la emoción de Granada.

Cuando se decide a dejar el pasado y se marcha a recorrer la moderna ciudad, la primera pregunta que se formula, es la siguiente: ¿Queda algo de la ciudad mora? Y halla que: "los hombres de esta tierra han tenido el buen acuerdo de conservar lo viejo sin privarse de lo nuevo, realizando así uno de los más fervientes votos de Ganivet". (Id. Cap. XII). El recuerdo de Ganivet es constante en Sáenz Hayes.

Se encuentra en esta ciudad moderna de domingo a la salida de misa, y en el consiguiente paseo por el "Salón", tan recordado por Gautier. "El Salón —aclara— no es aquí lo que su nombre indica, sino otro paseo de bellas perspectivas". (Id.). Visita luego la Alcaicería, donde los moros tenían sus comercios. "Finalmente, el peregrino curioso antes de despedirse de Granada, tendrá el buen acuerdo de darse una vuelta por el Albaicín —aunque lastimen las afiladas piedras— para apreciar ese típico barrio que fué el de la aristocracia musulmana". (Id.).

Antes de alejarse torna el viajero a la Alhambra, "porque en ese lugar, más que en ningún otro, el espíritu se recoge y olvida el afán de las horas". (Id.). Y en verdad, la mayestática imponencia del palacio que contempla inmutable el andar de los siglos, invita al moderno turista, enfermo —mal de la época— de la fiebre de llegar un minuto antes a todas partes a contemplar el andar siempre pausado, pero inexorable, del tiempo y a reflexionar sobre la pequeñez de los intereses por los cuales el hombre de hoy gasta sus energías.

Parte el viajero de Granada y lleva en su memoria el recuerdo de una ciudad de leyenda: "Jamás echará en el olvido los atardeceres de la Alhambra".

Tales son a grandes trazos, algunas de las percep-

ciones de Granada, dentro de la moderna literatura en español. Tres percepciones encerrando una sólo emoción.

Emoción brotada de una patriota que, lejos del terruño, evocándolo, construye con sus amores la Granada de "belleza ideal"; brotada de un escritor de fina sensibilidad y agudos dones de observación, capaz de captar el ambiente histórico y moderno y, fundiéndolos, reconstruir el paraíso moro.

Emoción que la recoge un poeta y canta, admirándola y engalanándola, la ciudad ideal del patriota pulsando su lira mientras descansa al pie "del ciprés de que gustaba la sultana Zoraida".

Emoción que la erudición de un tercer viajero, entre viejos manuscritos y pesadas crónicas de la biblioteca oficial Granadina, documenta como sincera y exacta.

II

No sería cabal esta impresión de Granada que hemos tratado de recoger si no la completáramos con un detalle que asombra a todos los viajeros que a ella llegan; que en Ganivet alcanza contornos épicos: el sortilegio del agua.

Granada y el agua están en relación estrecha. En cualquier región de la tierra con un clima semejante el agua juega un papel principal; aquí, además, adquiere carácter estético. El Granadino de pura cepa, por cuyas venas corren aún gotas de sangre morisca, "el borracho de ideal", —como lo llama Ganivet— "es la creación secular de una ciudad cruzada por dos ríos: es un río hecho hombre". ("*Granada la bella*", III, pág. 33). De allí su afición al agua, que le viene de sus africanos ascendientes. De ellos dice Sáenz Hayes: "Amantes del agua como ningún otro pueblo, hicieron cosas extraordinarias con ella. Trajéronla de la vecina Sierra Nevada y la hicieron subir, bajar y correr en todas direcciones. El espectáculo del agua es lo que más llama la atención en Granada". ("*España*", Cap. XI).

Todos los viajeros son de la misma opinión. Escri-

bía Alejandro Dumas, a la misma dama de la carta antes mencionada: "lo que allí es bello, maravilloso, son sus jardines, sus aguas..."; "en parte alguna veréis brotar tantas fuentes, despeñarse tantas cascadas, rodar tantos torrentes...". Darío, enumerando las bellezas de Granada y no encontrando en su experiencia una impresión semejante, la transmite al lector así: "¿Y, ese encanto del agua, transparencia, frescor, armonía, en los patios de mármol, para creyentes en cuya religión son obligatorias las abluciones, y ardientes polígamos en cuyo paraíso el primer premio es la limpia, perfumada, adolescente y siempre virgen belleza femenina?" ("*Tierras Solares*", pág. 93).

Aquel capitán de "cuarenta gomeles", del poema de José Zorrilla, culmina las ofrendas a su amada esclava cristiana con lo que juzga de más valor, con lo que más aprecia:

*"Tengo un palacio en Granada,
Tengo jardines y flores,
Tengo una fuente dorada
Con más de cien surtidores".*

("Oriental").

Washington Irving, en un pasaje de sus "*Cuentos de la Alhambra*" dice de los moros que "fueron incansables para obtener este elemento en su cristalina pureza".

Estas referencias al culto del agua, característico de los pueblos de civilización más refinada, trae a la memoria los pasajes del "catálogo" de Hesiodo en que enumera las deidades acuáticas, donde muestra con más de tres mil variantes, las fases de esa afición al agua en el pueblo griego, semejante (recuérdese el detalle de la limpieza, baños, abluciones, etc.) al de los musulmanes granadinos.

En Granada, encontraba Darío "el agua por todas partes, en las copiosas albercas, en los estanques que producen las bizarrías arquitecturales, en las anchas tazas como las que sostienen los leones del patio famoso, o simplemente brotando de los surtidores colocados entre

las lisas lozas de mármol. ("*Tierras solares*". págs. 93 y 94).

Si los viajeros, aves de paso, que no posan más de un instante en cada sitio, se maravillan de este espectáculo del agua, ¿qué podrá decir de él un granadino, iniciado en ese culto y amante de las cosas de su tierra cual Ganivet? Desde las páginas de "*Granada la bella*", ésta da, refiriéndose a dicha tradición granadina, uno de los pasajes más hermosos de su obra. Fragmentos escribe con dulce sabor de rústica bucólica y aunque piense: "sólo un gran poeta épico sería capaz de describir cómo sabemos beber agua, según ritos tradicionales, con los requisitos de un arte original y propio, desconocido de todos los pueblos" (Op. cit. III, pág. 29), por momentos alcanza ese tono épico unido a un delicioso lirismo.

Sin embargo, el motivo que da origen a esas páginas es bien prosaico: se trata de instalar en Granada un servicio de aguas corrientes y potables a cargo de determinada empresa concesionaria. Y Ganivet, siempre amigo de lo tradicional, hace una cálurosa defensa del "aguador", que con el nuevo sistema se vería hecho a un lado; "hay agua abundante para todos los usos de la vida, y sólo falta una poca pura y clara para beber, de la cual es costumbre bastante extendida proveerse, comprándola a los aguadores" (Id. pág. 23). Desde luego, con el nuevo servicio, éstos no tardarían en desaparecer y Ganivet aconseja prudentemente que antes de desechar tal instrumento por uno moderno, se vea si aquél no admite mejoras. Es entonces cuando traza esa magnífica pintura del "aguador", que tantas veces y en tantos lugares se ha citado y reproducido: "En Granada —dice— el aguador tiene que ser, a su modo, un hombre de genio". (Id. pág. 29). Debe saber llevar la garrafa, la cesta de los vasos y la anisera. "El verdadero aguador se compenetra con estos tres elementos hasta tal punto que de él puede decirse que es hombre como que es cesta o garrafa" (Id.).

El aguador debe "oler" dónde tienen sed, y cuando nadie la siente, "pregona, y con sus pregones despierta el apetito; porque entre nosotros la sed es apetito, y hay quien bebe agua y se figura que come" (Id.). A tanto

llega la importancia del agua para un granadino. En efecto, “un hijo legítimo de Granada no se contenta con llamar al primer aguador que pasa; le busca él, yendo a donde sepa lo que bebe”. (Id. pág. 31). Y son tales sus escrúpulos de acuáticos catadores, que los hay “aficionados al agua de Afalcar, a las de las fuentes de la Salud o de la Culebra, a la del Carmen de la Fuente y hasta a la de los pozos del barrio de San Lázaro; pero los grandes grupos, como quien dice los partidos de gobierno, son alhambristas y avellanistas”. (Id.). Así lo estima el aguador que lo explicará en sus pregones:

- “—¡Acabaíca de bajar la traigo ahora!...
 —¡Fresca como la nieve! ¡Quién quiere agua?
 —¡Nieve! ¡Nieve!
 —¡Qué frescuras de agua!
 —¡De la Alhambra, quién la quiere!
 —¡Buena del Avellano, buena!
 —¡Quién quiere más que se va el tío”.

(Id. págs. 30, 31).

Los gritos incitantes del aguador avivan los deseos, aumentan la sed. Y explica Ganivet las tareas del vendedor cuándo conquista un cliente: “Abrís la mano, y recibís una cucharadita de anises para hacer boca; mientras los paladeáis el aguador fregotea el vaso, que llena después de agua clara y algo espumosa, como escanciada de cierta altura; después que consumís el vaso, os ofrecen más y aceptáis “una poca” aunque no tengáis ganas...” (Id. pág. 30).

Es esto, una especie de confesión de esa afición granadina que, por otra parte, habla de la ascendencia mora y al par que exalta el fundamento religioso de esa afición documenta la laboriosidad de esa raza que convirtió la tierra yerma en fertilísima vega.

Desde luego, el hombre moderno, acostumbrado a lo mecánico, a la técnica, alejado del contacto de la natura-

leza, podrá ver en estas páginas y en esta inclinación un dejo de puerilidad. El que dando vueltas a un robinete haga brotar el agua clara, no ha de ver en ello ningún hechizo, ni podrá sentir la belleza, la primaria poesía de ese elemento en la naturaleza. Sin embargo, si esa persona, o aquella otra que sólo considera al agua como la composición de dos volúmenes de hidrógeno con uno de oxígeno, reflexionaran acerca de la importancia cósmica de algo que los está rodeando, en el cielo y en la tierra; de algo que hasta lo llevan dentro de sí, cambiarían de opinión. Y si a esta reflexión añadiesen el aspecto religioso, notando que el agua en todas las religiones de todos los tiempos, desempeña un papel primordial: en las primitivas como deidad; en el cristianismo como primer elemento de iniciación que en el bautismo quita el pecado original; en las abluciones de los ritos musulmanes; en los misterios de los cultos más extravagantes y, en todos se la cuenta en primer término, han de comprender este otro misterio del agua, encanto de Granada. Y si, como observación final, llegaran a verificar que las mejores obras de todas las literaturas tienen páginas, quizá las más bellas, en la referencia al agua, desde los poemas homéricos pasando por todas las literaturas hasta nuestros días, se acercarían, entonces, al singular sentido de este sortilegio del agua que completa la emoción de Granada, sentido que abarca desde el orden puramente estético, hasta el más trascendental, cual es la filosófica concepción de un fin preciso de la vida y la idea religiosa de un paraíso, cuyo reflejo quisieron tener en Granada, sin descartar el sentido de técnica geofísica que debieron poseer los artífices que crearan este embrujo ya que en Granada la obra de la naturaleza ha sido completada con la habilidad del hombre y, juntos, brindaron a la ciudad su decoración mejor, su colorido y su espectáculo. “Desde cualquier altura —describirá Sáenz Hayes— se la vé venir desde lejos: brilla con la luz del sol o como cintas de plata en las noches de luna. Y cuando no se la vé, se la siente correr por los canalillos subterráneos o murmurar en las fontanas ocultas”. (“España”, Cap. XI).

La ciudad cruzada por dos ríos y adornada por miles de juegos de agua es un himno al elemento principal de la vida, al refinamiento de una civilización que armonizó los dones de la naturaleza y las necesidades del hombre en un coro sin par. Villaespesa, cantor dolorido de la morería, contemplando este espectáculo, se quejará a Granada:

*“El agua, que en todo su frescor diluye,
es llanto que eterno de tus ojos fluye
llorando la antigua grandeza pasada”.*

RAÚL H. CASTAGNINO.

Febrero, 23/938.

Nostalgias

*...Y de aquello que lloro no hubo nada...!
Te ví una vez pasar junto a mí vera,
Y en la gloria fugaz de tu mirada,
Dejé que mi ilusión fuera trás ella...!*

*...Y tú lo fuiste todo en un instante...!
La aureola juvenil de mi esperanza,
La magia de mis sueños más vibrantes,
Aquello trás lo cual volara el alma...!*

*...Nada dijiste y yo te quise igual...!
No amé en tí al hombre que pasaba;
Yo miré en tu sér un ideal,
Y mi amor trás de tí, se hizo nostalgias...!*

ALICIA C. SANTAELLA.

A una ciudad

*¿Quién te dió tan lindo nombre,
Talavera de la Reina?*

*Para dicho por la noche
al claror de las estrellas;
sí, para dicho en voz baja:
Talavera de la Reina.*

*Para sentirlo campana
repicar entre las letras
de tristes abecedarios:
Talavera de la Reina.*

*Para, dormido, tener
de almohada tu tibieza
de palma sobre la frente:
Talavera de la Reina.*

*Para, despierto soñarlo
y de mis sueños alerta
atalaya vigilante:
Talavera de la Reina...*

TRISTÁN FERNÁNDEZ.

A Antonio Machado

*Mi infancia es la quimera de un patio de baldosas
que navegan gallardos tres barquitos de lata,
en el puente la sombra doliente del Corsario,
señor de Ventimiglia y de Roccatagliata.*

*Es el miedo que canta en los cuartos oscuros,
es el blando crugido de aquellos muebles viejos,
es la luna aduendada con paso de gacela,
y el mundo misterioso de atrás de los espejos.*

*Es aquella veleta de la iglesia cercana
que figuraba un gallo con las alas abiertas,
y es un trozo de cielo con olor a jazmines
que se duerme colgado del marco de las puertas.*

*Es un niño sentado, sin nadie, sonriendo
con las manos unidas y la mirada honda,
y es la mística cena del Grial que reunía
los Doce caballeros de la Tabla Redonda.*

TRISTÁN FERNÁNDEZ.

Borda que borda la niña

*Borda que borda la niña
Su camisa de esponsales.
Robóle plata a la luna
que en hebras, por ventanales
de su alcoba de doncella
entrara en las noches claras
junto a tiernos madrigales.
Robóle gasa a las nubes,
blanco a los blancos rosales,
y con la seda del sueño
hilvanando sus pesares,
Borda que borda la niña
Su camisa de esponsales.*

*Mañana serán las bodas,
bodas de cien comensales.
La despertará la aurora
con amorosos cantares,
Cortejo de caballeros,
Tamboriles y tímboles,
y a la mañana en la iglesia
habrá misa de esponsales.
¡Ay de la niña que borda,
amortajando, sueños!
¡Ay del gentil caballero
que a la luna le confiara
el cantar de los cantares!*

*¡Qué pálida luz de la luna!
Tiene frío de puñales.
¡Qué pálida cara tiene
el duque de Cañizares!
¡Qué pálida está la niña!*

*¡Qué blancura de blancura
su camisa de esponsales!*

*A la alborada siguiente
entre brumas matinales
ondea extraña bandera
en los viejos almenares.
Rosas de gules, emblema
del duque de Cañizares,
Rosas de gules adornan
la camisa de esponsales.*

*Vuelcan campanas al viento
Tristes sonos funerales.*

CARLOS PASINI.

Notas y comentarios

NOTICIA BIBLIOGRAFICA

SEPICH JUAN R., Pbro. Dr. — *"Sobre Inteligencia y Cultura"*.
Ed. Cursos de Cultura Católica, Buenos Aires, 1938; 136 pá-
ginas.

Nuestro medio intelectual constata, desde hace pocos años, la aparición de quienes hacen de la filosofía un sentido problema vocacional. Y en efecto, como dice el autor en comentario, a pág. 10 de su prólogo: "La eficacia de la verdad se hará patente, si es buscada con sinceridad de corazón y limpios ojos; porque lo que se ve con la inteligencia ayuda para realizar con la voluntad". De ahí que aplaudamos cuando nuestras prensas se enriquecen con un volumen más, pero, con un volumen seriamente trabajado, colmado de dignidad no sólo por el método y la materia elegidos, sino, tanto más, cuanto que el autor sintetiza en él sus vigiliias de maestro ejemplar, condensando sus meditaciones, dedicadas a captar, en lo efímero y contingente, el rastro del Ser necesario; en las variedades multiformes de los seres creados al Ser, a Aquel que se autodefiniera: "Ego sum qui sum".

Consciente de que especular buscando la Verdad es, al fin de cuentas, iniciar la ruta donde la Caridad dirá la última palabra, puntualiza desde el inicio otro principio rector, que campea en todas las profundas páginas: "La tarea no es deslumbrar sino alumbrarse a sí mismo para ser mejores y dar un poco de luz, o mejor, testimonio de la luz ante los hombres, como es el deber de todos los hijos de Dios".

Y bien. Por las segurísimas rutas del tomismo, el P. Sepich va analizando en párrafos prietos, abundosos de generosa savia pensante, la estructura de la inteligencia y el análisis de la cultura, —capítulo que promete con el tiempo a un seguro sociólogo, si ya no lo es—. Cumplida esta labor previa, agotadas todas las preguntas fundamentales, en breves páginas examina las condiciones de ejercicio para la inteligencia y la cultura. Comprobando

la quiebra de hoy, el desconcierto evidente, en la falta de directivas, expone en el capítulo final sus ideas sobre restauración de la inteligencia y la cultura.

Leyendo este libro del P. Sepich —que nos promete una Lógica formal— pensamos cuándo desaparecerá de nuestro ambiente de estudios la improvisación, esa hierba que esteriliza las mejores inteligencias, engañándolas con algunas flores vistosas destacadas de los ensayos prematuros.

Para la pedantería de hoy, la sencillez expositiva, la medida adjetivante, la humildad, aún en medio del trazo magistral, condiciones todas con las cuales escribe el autor, son verdaderas “piedras de escándalo”. El secreto de éstas cualidades, tan poco comunes en la especulación nuestra, que busca la obscuridad por la obscuridad misma, está precisamente en reconocer en la intimidad del hombre la tragedia de su dualidad: materia y espíritu, y, aceptarla resignado, buscando evitar el pecado de “angelismo” tan bien puntualizado por J. Maritain en su crítica cartesiana. Así, pues, el verdadero filósofo, va del ser-mezcla, al Ser Puro; del ser creado al Ser en quien “no hay potencialidad que busca su actualización”.

Reconocida nuestra caducidad, cuanto el imperfecto conocimiento dado por la sola luz natural de nuestra razón, fuerza que la fe, “sursunando” —en expresión de San Buenaventura— por don gratuito el saber del hombre a un grado más elevado, grado de mayor acuidad, le certifique por la autoridad majestuosa de la Revelación lo que él necesitaba saber, para aquietar sus ansias y calmar su corazón.

Por eso, bien practica el autor la sapientísima recomendación del catecúmeno de S. Ambrosio, S. Agustín: “No se debe ejercitar una vana y percedera curiosidad de las creaturas, sino pasar a lo inmortal y siempre permanente. (De vera religione)”. El Pbro. Sepich vive como maestro, midiendo todo, lo de hoy, lo de ayer, con el metro que no varía, como que es patrón de la escala que de Dios descende, previniéndonos de las falacias, errores y falsías a evitar! ¡Ojalá que el mundo pensante depusiera su orgullo y pensase en la frase del Apóstol Santiago: “Dios da gracia a los humildes...”. Y., entonces, sí: el mundo, y la vida, serían otra cosa... menos materia... más espíritu!

Los alumnos de la Facultad tienen en este libro amplio campo de proficuas lecturas. Señalamos la sugestión del autor: aproximarr la filosofía existencial de M. Heidegger a la filosofía “perennis”. Esto sólo mueve a la lectura y a la meditación.

La presentación continúa la ya reconocida línea de sobriedad y buen gusto a que nos tiene acostumbrados los Cursos de Cultura Católica en todas sus numerosas publicaciones.

Mauricio Ferrari Nicolay.

GOUCHON CANÉ, EMILIO. — “*El Hombre y sus Tres Mundos. (Fundamentos para una comprensión de la problemática actual)*”. El Ateneo, Buenos Aires, 1937. Un Prefacio - Explicación de motivos y 206 páginas.

Los índices bibliográficos contemporáneos, tan nutridos de títulos sugestivos que luego defraudan, suelen ocultar de tanto en tanto publicaciones que la complicidad ramplona e interesada de una crítica mal orientada deja pasar en silencio. Tal la suerte de este meduloso libro, síntesis de pensamiento noble y fecundo.

Como lo explica su autor en el prefacio, “Algunos amigos de la Argentina y el Uruguay nos pidieron que escribiésemos un libro que expusiera las ideas básicas de nuestras conferencias públicas, para sedimentar los conceptos sugeridos y —esto lo agregamos nosotros— para someterlos a una crítica necesaria”. Así queda explicada la oportunidad oportunísima —perdónesenos la redundancia— de su aparición. En efecto, sorprende al lector argentino hallar una conciencia de estudioso tan exquisita. Conciencia que recién da el paso de sintetizar sus ideas —defendidas en casi seis años de meditación continua, llena de aportes sugestivos— cuando de acuerdo a rigurosa autocrítica promulga su madurez expresiva.

Necesitaríamos mucho espacio para —cuando más no fuera— explayar los atisbos principales de la tesis del autor argentino.

Hay en ciencias, y mucho más en filosofía, los espíritus sintéticos. Son los concentradores a veces de medio siglo de estudios parciales, aparentemente contradictorios, aunque, las más de las veces, coincidentes en vista generales y en principios fundamentales. Por eso el Hombre y sus tres mundos está preñado de sugerencias, de talentosas aproximaciones. En él todos los trabajadores del intelecto y del espíritu hallarán su renglón, la parcela que les llamará la atención, obligándoles a realizar una lectura detenida, lápiz en mano, prontos a tomar en su carnet de futuras observaciones personales, las realizadas por el autor.

Desfilan por sus páginas múltiples sugerencias. Sin embargo, el núcleo inicial reside en las preguntas que al estudioso plantea el hecho artístico con sus opuestas teorizaciones estéticas, respaldadas todas ellas con sólidas argumentaciones, enraizadas las más de las veces en plena metafísica. Como el fenómeno estético pertenece a la psicología por razones obvias, en cuanto es vivencia de un sujeto, y en cuanto despierta diversas respuestas, condicionadas algunas de ellas por emociones - choques, el autor, estudiando con vistas históricas, ampliamente documentadas, todas esas respuestas, llega a postular, obligado por sus propias constataciones, la exigencia de tres tipos psicológicos. Los llama: *exogélicos-antrogélicos* y *endogélicos*. Cada uno de ellos con su estructuración psíquica típica, estructuraciones que han motivado, dado sus orientaciones parciales, los choques inexplicables de los teorizadores entre sí.

Pero lo postulado para el arte no sólo es valedero en ese renglón de las manifestaciones humanas. Lo es para la misma ciencia, para la especulación filosófica, hasta para las distintas concepciones religiosas, por medio de las cuales el Hombre rinde su adoración al Ser Primero.

Vése, ya, cuánta es la importancia del texto en comentario. Sus proyecciones éticas, en las cuales dedica una interesantísima página al porvenir de América, continente por muchas cosas promisorio, mueve a serias reflexiones, planteando la posibilidad de una mayor acuidad en la solución metodológica de los problemas pedagógicos y sociales.

Difícil hubiera sido encerrar en menos espacio más material. Sólo mediante una certera síntesis pensante, más el arte exquisito de un idioma severamente obligado a obedecer a la ajustada construcción lógica, podía lograrse tan disciplinado ensamble de teorizaciones.

Del libro creemos que la parte más lograda, más acertada, donde el espíritu creador del autor se mueve en plano de seguridad difícilmente rebatible es el referente al arte. Claro está que, éste capitado, dada la unidad del libro, no puede ser desentendido de los anteriores. Sin embargo, por haberlo sometido a ajustada revisión práctica, en nuestras propias investigaciones, le hallamos sencillamente notable. Mucho se ganaría de adoptarse una posición tan ajustada a la realidad del mismo fenómeno artístico. Pero, ahora, no nos explayaremos más. No podemos evadirnos, a pesar de nuestros deseos, de la limitación de espacio.

Los alumnos de nuestras casas de estudios, sobre todas las universitarias, deberían leer este libro. Tienen una doble obligación. Primero oír una voz que dice su pensamiento después de larga y consagrada labor, tanto aquí como en el extranjero; verdadero ejemplo de laboriosidad, de deber cumplido por pura vocación profesoral, consciente de que los públicos son tan merecedores de atención como los pobladores hoy numerosos de las aulas. En segundo término, porque quizás de desentrañar su sentido ganaríamos un tanto en paz, en comprensión y en provecho, evitando muchas publicaciones inútiles, muchas controversias agotadoras y muchas inteligencias infatuadas en un saber que no es tal. Corren tiempos de premura; tiempos de síntesis.

Ahora, terminando, un anhelo. En el contexto encontramos algunas ideas muy discutibles sobre la historia de la filosofía, especialmente la escolástica, en la que creemos ha confundido el autor el método expositivo tan dañoso de la decadencia, con la síntesis insuperable del tomismo, hoy vuelto a actualizar con los aportes de Gemelli, Masnovo, Olbiatti, Maritain, Wulff, Mandonet, Gillet, y tantos otros más.

Pero, precisamente por esto, más imprescindible es una lectura de información, más dos o tres de enfoque, de certera comprensión.

Repetimos, es un libro provechoso, primero de una serie ampliadora que nos ha prometido. Esperamos marque época en nuestra exigua bibliografía filosófica. Es lo menos que la objetividad crítica exige decir con lealtad comprensiva.

Mauricio Ferrari Nicolay.

Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras. — Serie A — Tomo III.

Constituyen el último volumen de la serie A de las publicaciones del Museo diversos trabajos de índole arqueológica, lingüística y antropogeográfica, de cuyo contenido nos limitaremos a dar una rápida noticia.

El doctor Eduardo Casanova en *Titiconte*, describe el material hallado en dicha localidad durante la excursión que en 1929 realizara acompañando al doctor Salvador Debenedetti. El autor hace uso de las libretas de viaje y del prólogo de la conferencia que sobre dicha exploración pronunciara el doctor Debenedetti ante el Congreso Internacional de Americanistas, reunido en Hamburgo, poco tiempo antes de su muerte. Esta es la razón por la cual Casanova comparte con él, de manera muy caballeresca, la originalidad del trabajo.

La localidad de referencia, que se halla situada sobre la quebrada de Iruya, zona al parecer muy rica en yacimientos arqueológicos, adquiere particular importancia por su contigüidad con las culturas chaqueñas. Aparte del hallazgo de algunos tipos de viviendas semi-subterráneas con techo formado por grandes lajas, de algunos pequeños recintos excavados en el espesor de los muros de contención de los andenes de cultivo, y que el autor supone sean silos, las excavaciones —según dice— han proporcionado un pequeño número de objetos de piedra y metal, y menor aún de cerámica.

El profesor Francisco de Aparicio es autor de tres artículos. En el primero de ellos, *Viaje Preliminar de Exploración en el Territorio del Neuquén*, expresa la pobreza arqueológica de dicha zona y su pesimismo con respecto a los resultados que pudieran arrojar exploraciones sistemáticas. Atribuye esta circunstancia a que los yacimientos son de tipo paradero, y por consiguiente, de no mediar una extraordinaria abundancia de material, son de hallazgo ocasional, y a que los pobladores de la comarca saben explotar el interés de aficionados y coleccionistas. En cambio, el territorio se muestra rico en grabados rupestres, a los cuales el

autor, en otro trabajo titulado: *Grabados Rupestres en el Territorio del Neuquén*, dedica un minucioso y detenido estudio. Manifiesta, además, que el Neuquén constituye un rico campo, aun virgen, para las investigaciones de geografía humana.

El mismo autor, en un tercer artículo, *Viaje Preliminar de Exploración en el Territorio de Santa Cruz*, nos informa de los resultados de una rápida excursión realizada dentro de un extenso perímetro de aquel territorio. Las superficiales excavaciones realizadas han proporcionado buena cantidad de objetos de piedra tallada, dejando suponer la existencia de ricos yacimientos no explotados aún. Pudo constatar también, la habitación de abrigos naturales, y la existencia, en la mayor parte de ellos de pinturas rupestres, caracterizadas por la representación de manos —negativas o positivas— de pies y rastros de animales.

El señor Tomás Harrington es autor de *Observaciones Sobre Vocablos Indios*, donde critica y comenta, tomando en consideración fuentes de diversa naturaleza, la acepción y origen atribuidos a algunas voces indias como *tehuél*, *tehuelche*, *awúrúr* y *choele choel*.

El profesor Félix F. Outes se ocupa en una breve nota titulada: *Un Ejemplar Único de Nuestra Bibliografía Lingüística Indígena*, de la obra del misionero anglicano Teófilo F. Schmid, *Vocabulary and Rudiments of the Tsoneca Language*, que editada en Bristol, en el año de 1860, desapareciera extrañamente de circulación.

Cierra el volumen un trabajo del profesor Romualdo Ardissonne, *Tres Jalones en el Desarrollo Urbano Argentino*, en el cual estudia el proceso urbanista, basando sus observaciones en los censos realizados en los años de 1869, 1895 y 1914. Resultan interesantes y sumamente ilustrativas algunas cifras que nos proporciona el autor. Así tenemos, que considerando ciudad a toda aglomeración de más de cinco mil habitantes, el primer censo evidencia 21 ciudades, mu desigualmente distribuidas; el segundo arroja un total de 46, de las cuales 21 pertenecían a la provincia de Buenos Aires; por último, el censo de 1914 dió como resultado 132 ciudades, siempre distribuidas en forma semejante a las anteriores épocas, es decir, con un franco predominio de la Mesopotamia y de la Pampa.

Conocida la irreprochable presentación de las publicaciones del Museo Antropológico, realmente excepcional en nuestro ambiente, inútil es insistir en la de este tomo que nos ocupa. Sin embargo, es digna de mención la excelente cartografía que complementa los diversos artículos, realizada por la señorita María Teresa Grondona.

LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGIA

La Sociedad Argentina de Antropología ha realizado durante el año ppdo., y en lo que ha transcurrido del presente, una labor digna de encomio. No es ajena a esta vigorosa impulsión la nueva Comisión Directiva, presidida por el profesor Francisco de Aparicio, que desde el mes de setiembre último orienta sus actividades.

Lentamente se va cumpliendo su destino fundamental, el de agrupar a su torno a todos los que en nuestro país se ocupan de las ciencias antropológicas. Puede decirse que cuenta ya con las figuras más caracterizadas y de mayor prestigio de nuestro ambiente, así como con un buen número de iniciados que supieron desempeñarse con acierto, presentando trabajos que han merecido el elogio y estímulo de los consagrados.

De la obra realizada es necesario destacar la organización de la Semana de Antropología realizada en el mes de diciembre ppdo., iniciativa que obtuvo el apoyo y la colaboración entusiasta de sus adherentes y un eco franco y cordial en los círculos científicos.

En la actualidad, la Institución se dispone a publicar, muy en breve, los trabajos y comunicaciones presentados en diversas oportunidades. Además, según se nos informara, las actividades de este año serán ampliadas con mensuales reuniones bibliográficas en las cuales se hará el comentario y crítica de obras de interés antropológico, y otras en que se tratará la unificación y formación de un vocabulario técnico, proyecto que de realizarse ha de poner un orden, cada día más imperiosamente necesario, en el léxico de los especialistas.

A. S.

SOBRE PALACIO VALDES

Si se me despojase de lo que pertenece a los grandes maestros que me han precedido, quedaría desnudo. Hay sin embargo, algo de lo cual nadie en este mundo me puede despojar, y es la dulce satisfacción de saber que algunas de mis páginas han hecho asomar la risa a los labios y otras lágrimas de ternura a los ojos; es la certidumbre consoladora de que nadie ha salido de la lectura de mis novelas menos puro y menos noble de lo que era.

Testamento Literario. (La gloria).

No obstante ser más joven —unos veinte años, poco más o menos— don Armando Palacio Valdés perteneció a la misma estirpe

literaria de Valera, Pereda o Galdós, para no decir más ni ensanchar la nómina. Su afiliación al realismo hispánico era poco menos que ineludible, dada la fecha de su nacimiento, allá por el 1853, en el villorio de Entralgo, Asturias, que no se despintaría jamás de la retina del novelista. Alcanzó los dos siglos —el de las luces de bengala y el del automóvil— y era, en nuestros días, un eco simpático, pero algo lejano ya, de aquella novelística española tan vigorosa y castiza como realista, cuyo acento vernáculo manaba directamente del glorioso siglo XVI.

He ahí su mayor mérito, al decir de los unos, y su capital pecado de caducidad y pasatismo, según otros. En suma: se discute a Palacio Valdés, y se le regatean merecimientos, como se discute hoy a Pereda y al mismísimo Galdós, cuya extraordinaria difusión ha decaído a ojos vistas de un largo tiempo a esta parte.

Difusión y valimiento, estéticamente hablando, pocas veces admiten sinonimia. Las más de las veces se hallan en relación opuesta. Pero la difusión en sí, como fenómeno librero, es un índice claro de las preferencias que acusa el público lector. Quien dice preferencias, o apetencias, dice también clima espiritual o estético y en tal sentido —justo es reconocerlo— Palacio Valdés no era ya tan leído como en sus buenos tiempos. No estaba en época, pero se lo leía más que a otros, con más ínfulas y menos substancia, lo cual no quiere decir que no cargase él también, en los últimos años de su vida, con una buena parte del relativo disfavor que pesa hoy, casi por igual, sobre las figuras consulares de la novelística peninsular. Por otra parte, el olvido que se cierne sobre los novelistas hispanos es cada vez mayor. Apenas lo soslayan, entre los contemporáneos, —además de Palacio Valdés— unos cuantos nombres que caben en una mano: Baroja, Miró, Valle-Inclán, Pérez de Ayala, el de "Troteras", y Blasco Ibáñez, el de la Albufera... (1).

Nada extraño ni anormal hay en todo esto. Antes al contrario: es lo normal; casi diríase que lo inexorable cuando no se trata precisamente del genio. Cada generación —y es un lugar común recordarlo— ama determinados valores, determinada axiología, y ésta sólo a veces coincide con la que estimó la generación precedente: en la mayoría de las ocasiones resulta imposible la más leve concomitancia. Hasta el idioma, como medio expresivo, suele interponerse entre viejos y jóvenes como un valladar infranqueable.

A Palacio Valdés le cabe la última alternativa. Decíase, y se dice, que es anacrónico. Según esto, vivía en pretérito, ignorando supinamente el desgarrado presente que arranca, para algunos, en el trágico año 14. Y ello, por culpa exclusiva del sostenido optimismo que campea, a guisa de leit-motiv, en casi toda la producción del insigne novelista.

Semejante achaque dista mucho de ser absoluto, según ha de verse en seguida, pero es la valoración corriente que prima en conversaciones o tertulias y acaso —y con mayor razón aún— en cualquier mentidero pedantesco.

El juzgarle así entraña cierto logicismo explicable, pero muy escasa noción justiciera. El espíritu de Palacio Valdés resumaba candor, alegría, y simpleza de trazos, si se quiere. Se lo considera un asturiano de corazón abierto; un montañés optimista, soñador y amante del terruño. Su alma sencilla y noblota discordaba con la atormentadísima sensibilidad de nuestro tiempo, saturada de pesimismo denso. Pero ello no fué óbice para que alguna vez se sintiese él también dentro de esta misma atmósfera. "Tristán o el pesimismo", "Riverita" y "Maximina", ofrecen buena prueba de su estado de ánimo al tiempo de pergeñar cada una de estas novelas. Pero no era su cuerda. Había en Palacio Valdés un hombre alegre, de una alegría nata, pero racional. El mismo lo ha confesado sin rodeos en su "Testamento Literario", libro encantador si los hay. "Muchas veces —escribe— me han dado a leer libros impregnados de negro pesimismo. Estaban bien escritos y no podía menos de admirar el talento del escritor que con tan extremado arte había sabido describir las fases oscuras de nuestra naturaleza, la vulgaridad lamentable de nuestra vida doméstica. Uno de ellos ha sido la famosa novela de Gustavo Flaubert, titulada Madame Bovary. Se la devolví al amigo que me la prestó, diciéndole: "Es admirable, pero si la literatura fuese siempre así, yo no sería literato, ni siquiera lector". Y a renglón seguido advierte, con su equilibrio proverbial, que la alegría también tiene sus límites. Por eso no cayó en el optimismo ridículo. Fué "un viajero curioso y alegre", según lo dijo en la última confidencia de su Testamento Literario, pero un viajero cuya retina zahorí no desconocía, ni mucho menos, el dolor del mundo. Y la retina transmitió siempre al cerebro, y al corazón, esta dolorosa noción de la vida circunstante. El término medio cabal de la existencia también para él estaba en la verdad revelada por el Cristianismo, que por ser un "mensaje divino y a la vez suprema razón de la humanidad, no es optimista ni pesimista, o por mejor decir, es a un tiempo ambas cosas; pesimista para este mundo, que llama valle de lágrimas; optimista para la alta vida que nos espera si salimos puros de la presente" (2).

He aquí la clave de su creación literaria, que ilumina el perfil psicológico de tanto personaje central o protagónico como desfila en su copiosa producción, llámese Marta o María, José, Ribot, Maximina, o Gloria Bermúdez, la impagable novicia de su obra capital.

Los personajes de Palacio Valdés "viven para fuera"; rara vez "para dentro". Hoy, con un terminacho que viene a pelo, diríase que son "extravertidos" de todos los matices: afectivos, intelectuales, sensitivos, etc. Lo cierto es que andan, accionan, gesticulan, viven... El autor ha logrado su finalidad creadora, concorde, desde luego, con su credo estético retuso, si los hay, al análisis psicológico pormenorizado y subjetivista en sus nueve décimas partes. "La literatura ha de ser objetiva" —dijo Palacio Valdés en su "Testamento" y al decirlo no hizo otra cosa que resumir posteriormente, en teoría, lo que ya era norma estética de toda su obra.

Ese sí que es su mayor pecado para nuestra época, ganosa de subjetivismo y de análisis psicológico. Los actuales lectores, los que se dicen "enterados", o "lectores de su siglo", se apartan instintivamente del mundo objetivo, quasi campal, que puede ofrecerles un novelista como Palacio Valdés, atisbador de todos los ambientes, por muy regionales y cerrados que sean, como el andaluz. Todo eso les parece superficial, vano entretenimiento de tranvía, apto para despejar morriñas de dactilógrafas o costureras. Y lo aborrecen. "Palacio Valdés es epidérmico" —me decía un jovenzuelo barbilampiño— cuando comentábamos su deceso. Y prefieren —claro está— ese tipo de novela introspectiva, deshilvanada, inconexa, desconcertante a ratos como la propia psiquis contemporánea. Hoy predomina la novela de ascendencia dostoyesquiana: Proust, Joyce, Huxley, Mann, Baroja, Wassermann, Zweig... Todos conocen de corrido el gran modelo ruso y todos realizan, sin embargo, obra personal. Todos ellos son subjetivistas por temperamento y la obra resultante —aparte del freudismo y la actitud docente— más bien parece la autopsia espiritual de la sociedad contemporánea, extraviada y convulsa, al través de unos cuantos personajes que la concretan suficientemente.

Para estos lectores, el credo estético de Palacio Valdés resulta desdeñable y poco menos que obsoleto. No conciben que un novelista pueda ceñirse a lo descriptivo, sin rebasar las lindes de la objetividad. Juzgan que todo eso es infantil y baladí. Pertenece al pasado, se dicen, y acomodan el libro en el anaquel sin ánimo de volverlo a tocar.

Como quiera que sea, lo uno no excluye ni desnaturaliza lo otro y el relativo desamor en que yace Palacio Valdés, como Alarcón o Fernán Caballero, por ejemplo, no es cosa definitiva ni mucho menos. Toda estimación crítica, al igual que toda preferencia, por simple o infundada que sea, acusa siempre el achaque propio de su temporalidad. Los juicios, las estimaciones y las desestimaciones, se suceden a lo largo del tiempo, y las obras quedan a lo ancho, cual si jalonasen el sendero artístico de la humanidad. En estética no hay canon que valga como principio estable. Es un continuo fluir y refluir de valores encontrados: algo como la marea, como el "panta rei" de que habla Heráclito. Las preferencias semejan el inquieto péndulo de la física renacentista. La dilección de hoy se trueca frecuentemente en la aversión de mañana y viceversa. Y cuando la fatiga se insinúe y resulte penoso el hurgar en la intimidad de tanto personaje atormentado y paradójico, la gente —quién lo duda— volverá a la literatura narrativa en procura de reposo y de simplicidad. Y también de oxígeno. Y resurgirán, de aquella hecha, los novelistas de tipo objetivo, como Palacio Valdés, momentáneamente segundones y degustados.

JOSÉ RAMÓN MAYO.

(1) De tarde en tarde, Ricardo León ("Alcalá de los Zegríes"); Concha Espina ("La esfinge maragata", "El metal de los muertos"); Pérez Lugín ("La casa de la troya", novela exquisita y deliciosa que casi no tiene par en su género de estudiantina). Y párese de contar.

(2) Testamento, pág. 266.

EL GALANO SENSUALISMO DE LAS SONATAS

Magnífico ejemplo de noble prosa son estas "Sonatas" que vienen a ser una compilación de todos los matices poéticos del gran escritor.

Había en el carácter de Del Valle Inclán un rasgo singularísimo, que, no contento con exteriorizarse en la fosforescencia del misterio de su personalidad, había de plasmar en el campo de las letras con la realización de obras maestras, de las cuales las *Sonatas* son un ejemplo. Este rasgo, que es la extraordinaria admiración que siente el escritor por todo lo que sea noble, antiguo y caballeresco, inunda su producción literaria, que es, por su calidad y su contenido, literatura noble.

Y lo más curioso del caso es que el edificio de esta literatura noble está construido con los materiales que se usan para la elaboración de los desechos literarios: las novelas eróticas y sensuales, campo de los desprestigiados en las letras.

Tal confusión de sentimientos es el fruto de la curiosa mezcla de la antigua y piadosa hidalguía, y de la lascivia del moderno decadentismo, que agitaba, inquietándolo, el espíritu del gran prosista.

En tal situación, ¿cuál sería el sentimiento de predominio en su producción literaria? ¿En qué forma traduciría este complejo de sensaciones diversas? ¿Cómo se las arreglaría para conciliar, armonizándolas, estas facetas tan distintas de su personalidad?

Esto es lo que trataremos de explicar.

Vemos en primer término, que siempre hay lugar en el marco de estas obras para escenas de corte religioso.

En la *Sonata de Primavera* las encontramos en el velorio del obispo Gaetani y cuando al marqués de Bradomín se le aparece el monje que lo salva de su ruina. En la de *Otoño* encontramos también al comienzo de la obra una escena en el locutorio de un convento, y luego otra, bastante larga, que se desarrolla en la capilla del palacio de Brandeso. En la de *Invierno*, en fin, vemos a Bradomín hacer su aparición disfrazado de cartujo en la sacristía de una iglesia y luego curarse de las heridas en un convento de carmelitas.

A más de esto, a cada instante tropezamos con ceremonias y alusiones religiosas y litúrgicas.

Del Valle Inclán, sin embargo, no tiene un espíritu piadoso. El es el poeta pagano que adora al cristianismo, no por el cristianismo en sí, sino por lo que este tiene de reminiscencia de la piedad antigua, y en la medida en que el empleo de términos religiosos y litúrgicos presta a la prosa esa musicalidad que él tanto busca.

Vemos así que buena parte de los ejemplos con que tropezamos están promiscuidos, por su estrecho contacto, con imágenes de desbordante sensualismo.

"Yo la vestía con el cuidado religioso y amante con que visten

las señoras devotas a las figuras de que son camaristas".

"Los senos eran dos rosas blancas aromando un altar".

Con semejante mezcla no se sabe por momentos qué pensar: si Del Valle Inclán es un espíritu religioso, o si, por el contrario, es un cínico que se burla de la religión y sólo la emplea para llenar *finés exclusivamente estéticos*. Dadas las características generales de su obra, nos inclinamos por esta segunda opinión.

En efecto, no son estas escenas de corte sexual, características del género de memorias, las únicas que acusan el sensualismo de Del Valle Inclán. Este se encuentra en todas partes, y la tan mentada musicalidad o armonía de sonidos que se ofrecía en sus obras es la prueba más evidente de ello. Esta musicalidad está presente en todas partes; mismo en los nombres de los personajes, que son sonoros, eufónicos:

"Teobaldo, Garín, Ginebra, Montenegro, Beldaña, Bradomín".

Su sensualismo es integral. El es un extraordinario captador de sensaciones de todo orden que trueca en imágenes.

VISUALES:

"La luz de la lámpara tenía tímido aleteo de pájaro prisionero".

"La caricia de la luz temblaba sobre las flores como un pájaro de oro".

"El campo, verde y húmedo, sonreía en la paz de la tarde".

AUDITIVAS:

"En el silencio, su voz leía piadosa y lenta".

A cada instante escuchamos, a través de la lectura, las más variadas gamas de voces, de ruidos, de murmullos y susurros.

"Las palabras de Concha, que parecían perfumadas de alegría, se desvanecieron en una queja".

"Estaba adormecido, y llamaron a la puerta con grandes aladabadas, que en el silencio de las altas horas parecieron sepulcrales y medrosas".

"Las carreras estaban cubiertas de hojas secas y amarillentas, que el viento arrastraba delante de nosotros con un largo susurro. En el fondo del laberinto murmuraba la fuente rodeada de cipreses, y al arrullo del agua parecía difundir por el jardín un sueño pacífico de vejez, de recogimiento y de abandono".

Las que predominan, sin embargo, son las sensaciones olfativas y lo hacen con la preponderancia propia de lo sexual.

"Llegué hasta la alcoba; allí la oscuridad era misteriosa, perfumada y tibia".

"Descolgué aquella túnica que aún parecía conservar cierta tibia fragancia".

Por momentos hay algo de ideal en este sensualismo, como cuando dice:

"Las flores exhalaban ese aroma indeciso que tiene la melancolía de los recuerdos".

Pero, luego, vuelto en sí, exclama:

"¿Pero la más casta y pura de las amantes, ha sido nunca otra cosa que un pomo de divino esmalte, lleno de afrodítas y nupciales escencias?".

Las Sonatas son, en suma, un extraordinario tejido de sensaciones en el que se dá a la representación y a la idea misma de lo cristiano, en el orden estético, un valor de sensación.

Es tal, sin embargo, la maestría de Del Valle Inclán y sus conocimientos de la estética y del idioma, que le ha sido posible convertir con exquisito arte, vulgares escenas de alcoba en pasajes llenos de espirituales y santas bellezas, volviendo por momentos este campo rojo del placer sensual, en uno verde y blanco de ilusión y de pureza.

En efecto, veamos por ejemplo la *Sonata de Primavera*. En ella encontramos, sí, ese sensualismo de sonidos, de olores... Tropezamos también con los procederes valleinclanescos para obtención de la cadencia melódica del sonido (procedimientos de adjetivación y repetición con intervalos de ciertas frases, ejemplo: Fué Satanás).

Lo que no vemos en ningún pasaje es el tema del sexo, y si hay por un momento una intención equívoca, su recuerdo se desvanece pronto, quedando en la memoria la sola visión ideal de ese amor juvenil, cuyo perfume ilumina con enternecidas sonrisas las horas amargas de la vejez.

Sin embargo, Valle Inclán se olvida pronto de su *Sonata de Primavera*. Escribe la de *Estío* y la de *Otoño*. En esta última, más que en ninguna otra, puede apreciarse su verdadera psicología.

Encontramos también en ella escenas del más tierno romanticismo: manos blancas perfumadas de recuerdos, pieles transparentes y delicados, ojos tiernos y asustadizos...

Pero al par que estas, vemos también escenas de un sexualismo brutal. Seguimos los pasos de Bradomín y vemos que, saliendo de al alcoba en que deja el cuerpo yerto de su prima Concha, que acaba de morir desnuda en sus brazos, se introduce en la pieza de su prima Isabel a cuyos encantos rinde homenaje su masculinidad.

Esta escena de cinismo feroz, que choca y rebela a la sensibilidad, es el desesperado grito del sensualismo enfermizo de Del Valle Inclán, que permite clasificar de las *Sonatas*, como telarañas de absorbente sensualidad.

ANTONIO F. CHUSLOPLERSEN.

ALBERTO FREIXAS. — *Tucidides y las inscripciones*. El material de Tucídides críticamente correlacionado con el "Corpus Inscriptionum Atticarum" y el de la "Sylloge de Dittenbergen" para el problema de la Hegemonía de Atenas. 1937.

El año pasado se dió a luz un libro de índole histórico-científica que, como lo dice el título del epígrafe, tenía por objeto dilu-

cidar una cuestión: la de la Hegemonía de Atenas. Su autor es el conocido profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, doctor Alberto Freixas.

La lectura de este trabajo pone de manifiesto en su autor el deseo de ofrecer a los especialistas, investigadores o estudiantes, algo realmente serio. Hay en su obra mucha comprensión y mucho estudio. Dos métodos ha elegido: el del fichaje del material y el de las inscripciones. El material literario y el no literario; lo escrito y lo inscripto.

El tema gira sobre el *folos*, tributo que los atenienses impusieron por primera vez a los pueblos aliados, y el nombramiento de los *Ellonotamían*, los encargados de colectarlo y administrarlo. Frente a ese tema, hay otros subsidiarios, pero esos temas parciales giran frente a la idea total. Las generalidades son, (y Tucídides las relata) que los atenienses, teniendo un poderío inmenso, y queriendo conservarlo por las necesidades propias de un "casus belli" con los persas, desearon un tributo de dinero, dando origen a los *ellonotamían*, o sea los que debían percibirlo.

Como el testimonio de Tucídides no le parecía suficiente, recurrir a otra fuente, prístina e indiscutible, que son las inscripciones, y de éstas, aquellas que confirmen y correspondan al texto de Tucídides y al tema a que se refiere. Hay convicción profunda en el autor de que utilizando como él lo hace, el material escrito y el material inscripto, la duda e indecisión han de desvanecerse y esfumarse.

El dinero es siempre o casi siempre el que mueve el engranaje de la vida de un pueblo, el que determina el curso de su historia. Lo demuestra este trabajo al poner de manifiesto la presión financiera que ejerce Atenas sobre sus aliados, pues los mitilenos dicen que los atenienses han sometido a algunos de sus amigos y confederados, *hipojeiríos*, es decir, dependientes bajo la mano. (Tucídides, lib. III, 11, pág. 233).

Las inscripciones nos ofrecen datos tan ilustrativos y tan patentes como son los de las listas de heridos, de muertos, de penurias en general registradas en acciones de guerra. La coerción es para Atenas necesaria con respecto a sus aliados, para lograr la unidad en el conjunto, indispensable en la lucha contra sus enemigos. Las listas de tributos, también reflejadas en las inscripciones, nos dan la idea del grado de sumisión o vasallaje de los pueblos aliados con la metrópoli griega.

En conjunto, brevemente analizado, el libro del doctor Freixas es una demostración palpable de sus cualidades de investigador serio y metódico, que sabe utilizar con todo acierto los materiales puestos a su alcance en esta obra, digna de conocerse por lo que implica y por lo que reclama de la cultura argentina.

EFRAÍM CALMENS.

FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ. — *Cielo de Tierra*. Ediciones "Sur", 1937.

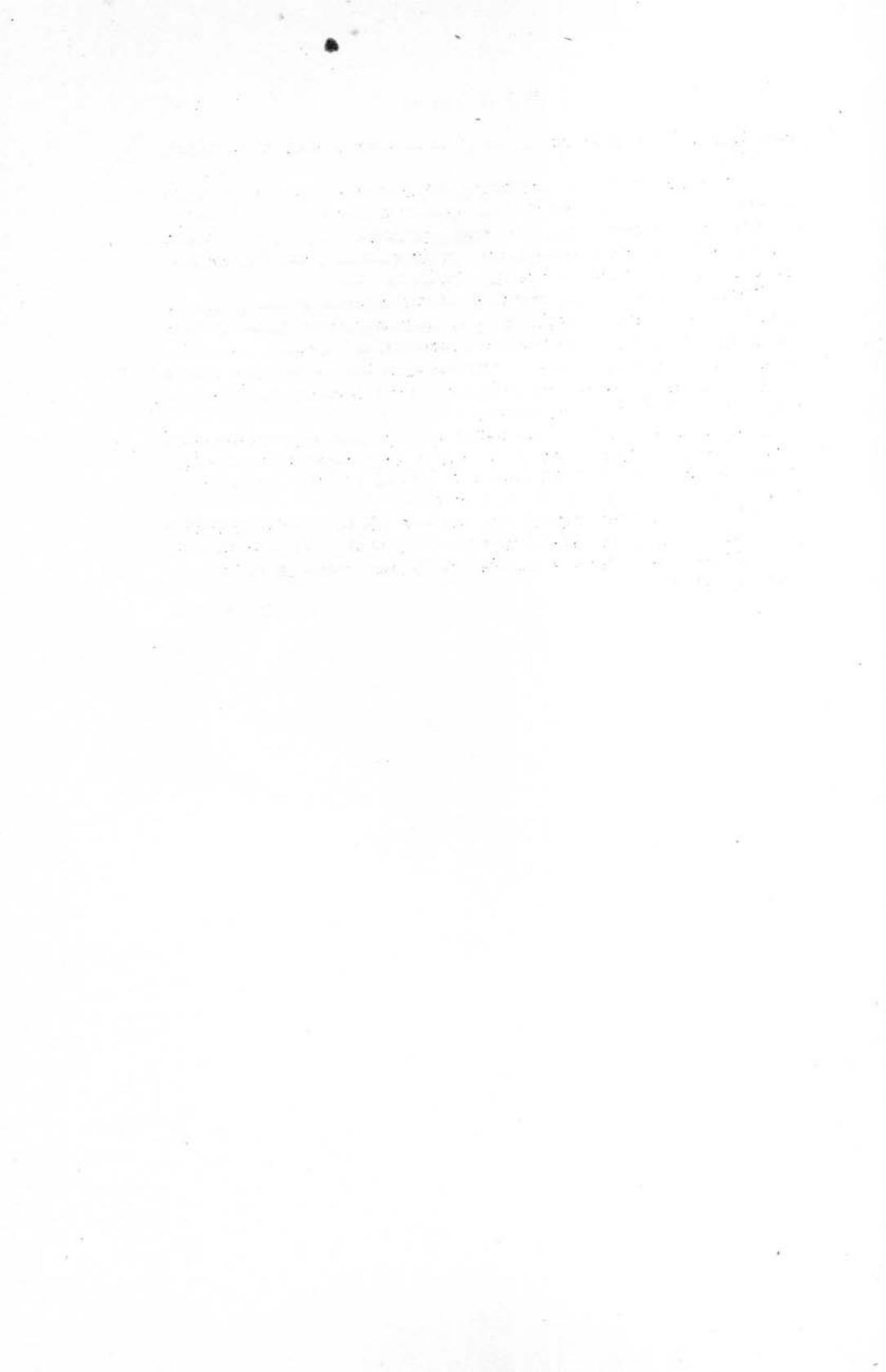
El milagroso autor de "El buque", vuelve a ofrecernos en las páginas de "Cielo de Tierra" su poesía humanamente cristiana. Humanamente cristiana, digo, y no sin pensarlo, porque a través de sus poemas, verdaderas oraciones de quietud y espera, se percibe una ruta de tristeza culminada en la paz.

Quienes buscan en la poesía suntuosidad de rimas y juegos malabares de métrica —hablo para los cancerberos de la preceptiva y los artifices del verso— y quienes, a su vez— me dirijo ahora a los partidarios de la corriente actual — anhelan poesía subconciente, dislocada y multiforme, se sentirán defraudados ante este nuevo libro de Bernárdez.

Pero para aquellos que concebimos la poesía como emoción vestida con su propia armonía, tienen estos versos la suavidad perfecta de la ternura cubriendo la belleza. Sonetos hay que ostentan la plenitud redonda de una rosa.

Si bien Bernárdez emplea a menudo los homónimos y utiliza las rimas interiores, lo hace siempre bajo la tutela del buen gusto. Y así, su poesía tiene la claridad del agua vertida en cáliz de cristal sin talla.

M. D. E.



Advertencia

Este número de "Péñola" aparece acéfalo porque el anterior director, al caducar la Comisión Directiva que le nombrara, consideró terminada su misión y nos rogó enca-ricidamente omitiéramos aquí su nombre, aún a pesar de haber preparado todo el material que en esta revista figura y corregido las pruebas de imprenta. Al cumplir con este pedido, no podemos dejar de destacar a nuestros compañeros este ejemplar rasgo de modestia, digno de quien todos conocen y aprecian en su justo valor.



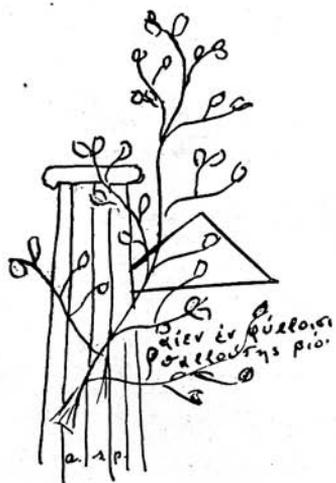
AGRUPACIÓN "PEÑOLA" DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COMISION DIRECTIVA

1937 - 1938

Presidente...	Sr. Antonio Canale
Vicepresidenta...	Srta. Josefina Graiño
Secretario General...	Sr. José Ramón Mayo
Tesorera...	Srta. Etelinda Lordi
Protesorera...	Sra. Felisa Vázquez Saravia de D'Elía
Secretario de Actas...	Sr. Mauricio Ferrari Nicolay
Delegados por 1er. año...	Sr. Carlos Pasini
	Dr. Martín Calvo
Delegados por 2º año...	Srta. Sara Nelly Brunero
	Sr. Miguel D. Etchebarne
Delegados por 3º año...	Srta. Ema Napolitano
	Dr. Armando S. Parodi
Delegados por 4º año...	Srta. Ana Mazzocca
	Srta. Julia Villares
Delegados por 5º año...	Srta. Hortensia Farto
	Srta. Cora Altuna
Director de la Biblioteca...	Feliciano F. Casanova





Handwritten text in a non-Latin script, possibly Indic or Southeast Asian, located below the roof structure of the drawing.

a. s. p.